

# Las manos blancas no ofenden

[Teatro - Texto completo.]

Pedro Calderón de la Barca

---

## Personas que hablan en ella:

- CARLOS, príncipe de Bisiniano
  - CÉSAR, príncipe de Orbitelo
  - FEDERICO Ursino, galán
  - FABIO, galán
  - TEODORO, viejo
  - PATACÓN, gracioso
  - LIDORO, criado
  - LISARDA, dama
  - SERAFINA, dama
  - LAURA, dama
  - NISE, criada
  - CLORI, criada
  - FLORA, criada
  - MÚSICOS
- 

## PRIMERA JORNADA

*Salen LISARDA y NISE con mantos, y PATACÓN, vestido de camino*

LISARDA:           ¿Cuándo parte tu señor?

PATACÓN:        Dentro de un hora se irá.

LISARDA:        ¿No sabré yo dónde va?

PATACÓN:        Aunque arriesgara el temor  
                    de su enojo, lo dijera,

a saberlo, te prometo,  
o por no guardar secreto  
o por temer de manera  
tu condición siempre altiva  
que estoy temiendo, y no en vano,  
cuando aquesta blanca mano,  
por blanca que es, me derriba  
dos o tres muelas siquiera,  
como si tuviera yo  
culpa en que se vaya o no.

LISARDA: ¿Tras el ausencia primera,  
de que aun hoy quejosa vivo,  
segunda ausencia previene?

PATACÓN: ¿Qué le hemos de hacer, si tiene  
espíritu ambulativo?  
El no puede estar parado.

NISE: Para reloj era bueno.

PATACÓN: Y aunque más se lo condeno,  
es a ver tan inclinado  
que, solamente por ver,  
de una en otra tierra pasa,  
siempre fuera de su casa.

NISE: Malo era para mujer.

PATACÓN: Pues nada a ti te pregunto,  
calla, Nise; que es en vano  
querer de mi canto llano  
echarle tú el contrapunto.

NISE: Pues yo ¿qué digo?

LISARDA: Dejad  
los dos tan necia porfía,

como veros cada día  
opuestos; que es necesidad  
    insufrible; y dime (¡ay cielo!)  
¿dónde Federico está  
ahora?

PATACÓN:           Mientras que va  
    disponiendo mi desvelo  
    maletas y postas, él  
salió; no sé dónde ha ido.

LISARDA:       Pues ya que a verle he venido  
    donde mi pena crüel,  
    si algún alivio me deja,  
a vista de olvido tanto,  
sin que yo sepa qué es llanto,  
llegue él a saber qué es queja.  
    Búscales y dile que aquí  
estoy.

PATACÓN:           Yo lo buscaré,  
    bien que dónde está no sé.  
Mas Fabio, que viene allí,  
    quizá lo dirá.

LISARDA:           Aunque Fabio  
    no importara que me viera,  
y vengar en él pudiera  
con un agravio otro agravio,  
    con todo, en la galería  
que cae sobre el Po, le espero  
retirada; que no quiero  
dar a la desdicha mía  
    otro testigo.

PATACÓN:                    ¡Detente!

LISARDA:            ¿Por qué?

PATACÓN:            Porque en esta parte  
                         esconderte hoy o taparte  
                         tiene un grande inconveniente.

LISARDA:            ¿Y qué es?

PATACÓN:            Que algún entendido  
                         que está de puntillas puesto  
                         no murmure que entra presto  
                         lo tapado y lo escondido;  
                         y, antes de ver en qué para,  
                         diga, de sí satisfecho,  
                         que este paso está ya hecho.

LISARDA:            En que entra Fabio repara,  
                         y no quiero que me vea.

NISE:                Tápate, y vente a esconder.--

### ***A PATACÓN***

Y tú puedes responder,  
pues que yo no sé quién sea,  
                         que si tapada y cubierta  
es fácil haga otro tanto,  
que yo le daré este manto,  
y aquí se queda esta puerta.

### ***Escóndense las dos***

PATACÓN:            Aunque a estorbaros me aplico,  
                         no puede mi condición  
                         conseguirlo.

### ***Sale FABIO***

FABIO:                Patacón,  
                         ¿adónde está Federico?

PATACÓN:           A buscarle voy; aguarda  
aquí. (¡Quiera Dios le halle, **Aparte**  
para que pueda avisalle  
adónde queda Lisarda!)

FABIO:           (Loco pensamiento mío, **Aparte**  
no te quejarás de mí,  
porque no fue de ti  
el mal que de mí no fue;  
    pues cuando pedir pudiera  
albricias de que hoy se va  
quien tantos celos me da  
con la más hermosa fiera  
    destos montes y estos mares,  
no permite mi esperanza  
que tome tan vil venganza,  
a costa de los pesares  
    de la ausencia de un amigo,  
a quien ofendió el deseo.  
Y pues a callar me veo  
obligado, ni aun conmigo  
    lo he de hablar; séllese el labio,  
y quien alivio no espera  
sufra, calle, gima y muera.)

*Sale FEDERICO con un papel*

FEDERICO:       Pues ¿no me avisarais, Fabio,  
    que estabais aquí?

FABIO:           Ya fue  
    a buscaros Patacón.

FEDERICO:       Ociosa es su pretensión,  
    si va a otra parte, porque

en esa cuadra escribiendo  
a Lisarda este papel  
estaba, diciendo en él  
cómo ausentarme pretendo,  
por decirla algo . . .

LISARDA: (¡Ay de mí!)

FEDERICO: . . . a un negocio que ha importado  
para el pleito de mi estado.

LISARDA: (¿Haslo oído, Nise?)

NISE: (Sí.  
Por decirte algo, te escribe  
no más.)

LISARDA: (¡Ah, tirano!)

FABIO: Pues,  
¿esa la causa no es  
de la ausencia?

FEDERICO: No; que hoy vive  
tan muerta la pretensión  
como viva otra esperanza,  
cuya vana confianza  
es imán del corazón.

Tras ella voy, sin saber  
si la he de perder o hallar.  
Tened lástima a un pesar,  
que el buscarle es su placer.

FABIO: No me atrevo a preguntaros  
nada; que no he de inquirir  
lo que no queráis decir.  
Sólo he venido a buscaros  
para saber en qué puedo

en esta ausencia serviros,  
y dónde podré escribiros.

FEDERICO: De queja tan cuerda quedo  
advertido; y porque no  
se agravie nuestra amistad  
de mi silencio, notad  
la causa que me obligó  
a volver; veréis si es mucha.

LISARDA: (Escucha con atención.)

NISE: (Bueno es que él la relación  
haga y digas tú el "escucha.")

FEDERICO: Ya sabéis que yo de Ursino  
había nacido heredero,  
si el cielo no me quitara  
lo que me había dado el cielo;  
pues siendo así que Alejandro,  
de Ursino príncipe y dueño,  
siendo hermano de mi padre  
y habiendo sin hijo muerto,  
me tocaba, por varón,  
de aquel estado el gobierno,  
o mi desdicha o mi estrella  
o mi fortuna ha dispuesto  
que Teodosio, emperador  
de Alemania, a quien por feudo  
toca la elección, por ser  
colonia del sacro imperio,  
a mi prima Serafina,

que en infantes años tiernos  
quedó, por muerte del padre,  
en posesión haya puesto,  
como inmediata heredera,  
bien que a salvo mi derecho  
del último poseedor.

Mas ¿para qué ahora os cuento  
lo que sabéis? Pues sabéis  
que nos hallamos a un tiempo,  
ella princesa de Ursino  
y yo el más pobre escudero  
de su casa; cuya instancia  
ocasión fue de no habernos  
visto los dos desde entonces;  
que aquel hidalgo proverbio  
de "pleitear y comer juntos"  
sólo para dicho es bueno;  
porque no sé cómo pueden  
avenirse dos afectos  
conformes al trato, estando  
a la voluntad opuestos.

Con este pesar, por no  
decir, con este despecho,  
que a un ánimo generoso  
nada ha de quitarle el serlo,  
viví ocioso cortesano  
de Milán, adonde, expuesto  
a los desaires de pobre,  
anduve siempre, os prometo,  
vergonzoso, siempre triste,

melancólico y suspenso;  
que no hay estado en el mundo  
(perdonen cuantos nacieron  
atareados a su afán)  
peor que el de pobre soberbio;  
hasta que, pensando un día  
en qué pudiera ser medio  
a mis tristezas, que fuera  
lícito divertimento,  
vine a dar (fuese locura  
o inclinación, que no quiero  
poner en razón ideas  
de un ocioso pensamiento,  
que doméstico enemigo  
alimentaba yo mismo)  
en que el vivir ignorado  
sería el mejor acuerdo,  
llevando mis vanidades  
engañadas por diversos  
rumbos; que necesidad  
a solas tiene consuelo,  
pero con testigos no.  
Mas ¡qué recibido yerro,  
no sentir verla y sentir  
ver que vean que la tengo!  
Esta, pues, locura, dije  
antes y a decirlo vuelvo  
ahora, a ausentarme, Fabio,  
me persuadió; a cuyo efecto  
pedí licencia al cariño

que tuve a Lisarda un tiempo,  
bien que a pesar del rencor  
de su padre; porque siendo  
en estos bandos de Italia  
yo Gebelino y él Güelfo,  
declarados enemigos  
fuimos siempre. ¿Quién vio, cielos,  
en la familia de una alma  
vivir de puertas adentro  
en un lecho y a una mesa  
amor y aborrecimiento?  
Deste, pues, ceño heredado,  
en el litigado pleito  
se vengó de mí, no como  
debió un noble; pues habiendo  
dejado en Milán su hija  
al abrigo de unos deudos  
que en esta ausencia han faltado,  
por gozar no sé qué sueldos  
del César, pasó a Alemania,  
donde, a Serafina afecto  
más que a mí, favoreció  
su partido. Pero esto  
no es del caso; y así vamos  
a que, a ausentarme resuelto,  
pedí licencia al cariño  
que tuve. Advertid, os ruego,  
pues hablo con vos, y no  
puede Lisarda saberlo,  
que deciros que le tuve

no es decir que le tengo,  
sin que por esto tampoco  
penséis que el mudar de afecto  
nace de aquella ojeriza.  
Y así aquí la hoja doblemos;  
que, para acudir a todo,  
yo la desdoblaré presto.  
Salí, Fabio, de Milán  
solamente con intento  
de complacer el capricho  
de mis locos devaneos;  
pero apenas vi las cuatro  
cortes de nuestro emisferio,  
a quien parece que miran  
afables cuatro elementos  
(pues Nápoles, toda halagos,  
e[s] blanda región del viento;  
toda montes Roma, es  
de la tierra fértil centro;  
toda mar Venecia, de agua  
población; y toda fuego  
Sicilia, abrasada esfera)  
cuando los ojos volviendo  
a mis sentimientos, vi  
no enmendar mis sentimientos  
la vaguedad de mi vida;  
pues antes iban creciendo  
con la hermosa variedad  
de tanto glorioso objeto;  
y así traté de volverme,

que nunca duran más que esto  
veletas que sólo están  
contemporizando al viento;  
si bien otro intento, Fabio,  
fue causa, pues fue el intento,  
rematando con las ruinas  
de mi poca hacienda, expuesto  
a hacerme yo mi fortuna,  
irme a la guerra que veo  
que los alemanes rompen  
con los esguízaros. Pero  
¿qué más guerra que un cuidado,  
más asalto que un deseo,  
más campaña que un amor,  
ni más arma que unos celos?  
Celos dije, y amor dije;  
pues para que veáis si es cierto,  
aquí haced punto, que aquí  
os he menester atento.  
Volviendo, pues, a Milán,  
hube de tocar en pueblos  
del principato de Ursino,  
y hallélos todos envueltos  
en públicas alegrías,  
bailes, músicas y juegos.  
Pregunté la causa y supe  
que era haber cumplido el tiempo  
de su pupilar edad  
Serafina, y que el consejo,  
que había hasta allí gobernado

en forma de parlamento,  
a otro día la ponía  
en posesión del gobierno,  
con calidad que en un año  
hubiese de elegir dueño  
que los rigiese, por no  
estar a mujer sujetos.  
A este efecto hacía el estado  
regocijos y a este efecto  
cuantos príncipes Italia  
tiene, a su hermosura atentos  
más que a su estado (¿qué mucho,  
si la hermosura es imperio  
que se compone de tantos  
vasallos como deseos?),  
procuraban festejarla,  
siendo de todos primero  
acreedor de tanta dicha  
don Carlos Colona, excelso  
príncipe de Bisiniano,  
que en los comunes festejos  
tiene el primero lugar.  
Aténgome a su derecho,  
porque está muy adelante  
el que por casamentero  
tiene al vulgo, y muy atrás  
quien tiene de un vulgo celos.  
Añadióse a esta noticia  
que Carlos, fino y atento,  
un torneo de a caballo

mantenía, defendiendo  
que ninguno merecía  
ser de Serafina dueño.  
Quien defiende una verdad  
muy poco le debe al riesgo.  
Yo no sé con qué ocasión,  
pues antes debiera cuerdo  
huir, Fabio, sus aplausos  
para huir mis sentimientos,  
entré en deseo de ver  
la novedad del torneo,  
y fui a la corte de Ursino;  
mas ¡qué sin vista, qué ciego  
sigue el dictamen del hado  
un infeliz, no advirtiendo  
dónde está el daño ni dónde  
está el favor! Porque el cielo,  
que con letras de oro tiene  
en campo azul sus decretos  
ya iluminados, no hace  
caso del discurso nuestro;  
y así el mal y el bien se vienen  
sucedidos ellos mismos.  
Dígoles porque, llegando  
disfrazado y encubierto  
de noche, hallé la ciudad  
hecha humano firmamento.  
Los horrores de las sombras  
con las máquinas del fuego  
desdén hicieron del día.

Perdone el sol, si me atrevo  
a decir que, si duraran  
los materiales reflejos  
de tanto esplendor, la aurora  
misma no le echara menos;  
pues naciendo no podía  
darla más luz que muriendo.  
De una en otra calle, pues,  
con vista vagueando a tienta,  
al palacio llegué, adonde  
también informado advierto  
que hacía un público sarao  
las vísperas del torneo,  
que había de ser a otro día.  
Aquí, entre la gente envuelto  
más común, llegué al salón,  
donde vi en un trono excelso  
a Serafina. Esta vez  
el nombre trajo el concepto,  
no yo; y así permitidme  
decir, o vulgar o necio,  
que era cielo y Serafina  
el serafín de su cielo.  
Ya os dije que no la había  
visto desde sus primeros  
años; y así la objeción  
no será de fundamento,  
si dijere que fue ésta  
la primera vez que atento  
vi tan cara a cara al sol,

que desalumbrado y ciego  
quedé a sus rayos. No sé,  
(si a las mejoras atiando  
que hallé en su hermoso semblante)  
que dos manos tiene el tiempo,  
que una va perficionando  
cuando otra va destruyendo;  
mas bien sé (si en las acciones  
de un diestro pintor lo advierto,  
pues cuando labra estudioso  
alguna imagen, al lienzo  
arrima el tiento y descansa  
luego la mano en el tiento),  
cuando no le sale a gusto  
el rasgo que deja hecho,  
lo que la derecha pinta  
borra la izquierda. Esto mismo  
al tiempo sucede, pues,  
cuando en breves años tiernos  
va ilustrando perfecciones,  
va la hermosura en aumento;  
pero, cuando no le sale  
tan a su gusto el objeto,  
le quita con una mano  
el matiz que otra le ha puesto;  
siendo la edad de una dama  
tabla en que dibuja diestro  
hasta cierto punto, en que,  
de la imagen mal contento,  
él mismo vuelve a ir borrando

lo que él mismo fue puliendo.  
En toda mi vida, Fabio,  
vi prodigio, vi portento,  
vi asombro, vi admiración  
de igual hermosura. Pero  
¿qué mucho, si en cuatro lustros  
no ha tenido tiempo el tiempo  
para que desagradado  
cualquier rasgo no sea acierto?

No me quiero detener  
en pintar los lucimientos,  
bordados, joyas y galas  
de damas y caballeros;  
porque me está dando priesa  
el más extraño suceso  
que oísteis jamás. Y así baste  
decir que, como entre sueños  
pasó el festín y la noche  
quedó en su común silencio,  
yo, que saqué dél conmigo,  
sin saberlo yo, en mi pecho...  
un cuidado iba a decir,  
y no es cuidado; un deseo,  
y no es deseo tampoco;  
un afecto, y no es afecto;  
un agrado, y no es agrado;  
un tormento, y no es tormento;  
un no sé qué... ahora lo dije;  
pues no sé lo que es, supuesto

que miento, si digo gusto,  
y si digo pesar, miento;  
tan nuevo huésped del alma  
que, aposentándole dentro  
della, aun ella no sabía  
si era tristeza o contento.  
Con este enigma, que aun hoy  
ni le descifro ni entiendo,  
a las puertas del palacio  
me quedé absorto y suspenso,  
sin saber adónde irme  
(mas ¿qué mucho, si violento  
estuviera en otra parte,  
pues ya era aquélla mi centro?),  
cuando a no pequeño espacio  
escucho decir al eco  
en desacordadas voces  
de mal formados acentos:  
"¡Fuego!" No hube menester  
segundo informe, supuesto  
que, para saber adónde,  
fue oírle y verle tan a un tiempo  
que llegó a mí tan veloz  
la llama como el estruendo.  
El cuarto de Serafina  
era el que en breve momento  
de alcázar pasó a volcán,  
de palacio a Mongibelo.  
Toda su fábrica hermosa,  
ruina del voraz incendio,

pirámide era de humo,  
tan alta que los reflejos  
de sus erradas centellas,  
con presunción de luceros,  
a pesar del viento, ardían  
de esotra parte del viento.  
Mal hubiese el aparato,  
mal hubiese el lucimiento  
de tanta encendida antorcha  
como le adornó primero;  
pues, descuidada pavesa  
del abrasado festejo  
el asunto dio al acaso  
y a mí el asunto y el riesgo.  
Pues, como más desvelado  
o más cercano, creyendo  
que en otro incendio llevaba  
perdido a cualquiera el miedo,  
me arrojé a entrar y, pasando  
del hidrópico elemento  
las ya destroncadas ruinas,  
con que voraz y sediento  
hacía iguales desperdicios  
de lo precioso y lo bello,  
sin que aquí al oro, allí al jaspe  
tuviese su [s]ed respeto,  
sin que respeto tuviese  
su hambre aquí al pulido aseo  
ni allí al precioso menaje,  
abrasando y consumiendo

desde el dorado artesón  
al chapeado pavimento,  
aquí estudios del telar  
y allí del pincel desvelos,  
"¡Cielos, piedad!" una voz  
en desmayado lamento  
dijo, cuyo boreal norte  
me dio en una cuadra puerto,  
donde Serafina hermosa,  
casi en el último aliento  
de su vida, sin sentido,  
duraba con sentimiento.  
Ni bien desnuda, ni bien  
vestida estaba; que a medio  
traje debió de cogerla  
el sobresalto y, queriendo  
escapar, fue de la fuga  
rémora el desmayo. ¡Ah, cielos,  
y quién supiera pintarla!  
Pero aun contado no quiero,  
cuando ella se está abrasando,  
estarme yo discurriendo.  
Con ella cargué en los brazos  
y, Eneas de amor, rompiendo  
canceles de fuego y humo,  
salí al primer patio, a tiempo  
que ya la lloraban muerta  
los que, así como la vieron,  
quitándola de mis brazos,  
cuidaron de su remedio,

albergándola en la casa  
de un anciano caballero,  
sin que de mí ni mi acción  
hiciese ninguno dellos  
caso. Mas ¿qué acción de pobre  
se ha agradecido más que esto?  
¿Quién creará que a quien me quita  
estado, lustre y aumento  
diese la vida? Mas ¿quién  
no lo creará, si, acudiendo  
ahora a desdoblar la hoja  
que dejé, a confesar llevo  
que es la causa su hermosura  
y no el aborrecimiento  
del padre, para que echase  
a Lisarda de mi pecho?  
Diga del primer amor  
lo que quisiere el más cuerdo;  
que, en llegando a ver segundo,  
siempre al segundo me atengo.  
Quien me acuse de mudable  
meta la mano en su pecho,  
y verá cuántos cariños  
de ayer son hoy cumplimientos.  
En demanda, pues, de tanta  
dicha como me prometo  
o de la locura mía  
o de su agradecimiento,  
ya que dilató este acaso  
saraos, justas y torneos,

prevenido, como pude,  
de créditos y dineros,  
galas, armas y caballos,  
declarado amante vuelvo  
a festejarla y servirla,  
no sin esperanza, puesto  
que, para que me conozca  
dueño de su vida, llevo  
una seña en esta joya  
que, al quitármela del pecho,  
la quité del pecho yo  
para testigo y acuerdo  
de mi acción. Fundado en ella  
y en mi sangre, que en efecto  
si arde sin fuego, quizá  
arderá mejor con fuego,  
he de obligarla.

***Salen LISARDA, y quítale la joya, y NISE***

LISARDA: No harás,  
ingrato.

FEDERICO: ¿Qué es lo que veo?

LISARDA: Que si no hay otro testigo  
de la deuda en que la has puesto,  
sino esta joya, esta joya  
no lo será ya.

***Hace que la arroja***

FEDERICO: ¿Qué has hecho,  
tirana?

LISARDA: Arrojar al Po  
ese traidor instrumento

de mi agravio; que, si a ti  
favoreció un elemento,  
a mí otro: llévese el agua  
lo que a ti te trajo el fuego.

FEDERICO:     ¡Oh, mal haya la atención

de obligaciones que han puesto  
lazos al noble en las manos  
para no vengar despechos  
de mujer! Que ¡vive Dios!  
que, a no mirar que me ofendo  
más a mí que a ti, no sé  
lo que hiciera, al ver que pierdo  
la mejor prenda del alma!

Mas yo amaré tan atento,  
yo idolatraré tan fino,  
yo serviré tan sujeto  
que no me haga falta. Y pues  
oíste lo que pretendo  
en este papel dorarte,  
más que de fino, de cuerdo,  
toma el papel a pedazos;

***Rómpele***

que más disculpa no quiero  
ya contigo; y pues el agua  
hoy te ha vengado del fuego,  
busca también quien te vengue  
de los átomos del viento. --  
¡Patacón!

***Sale PATACÓN***

PATACÓN:           Bien podría hallarte

yo allá, estando tú acá dentro.

FEDERICO: ¿Está ya dispuesto todo?

PATACÓN: Todo está, señor, dispuesto.

FEDERICO: Pues llega la posta, y vamos. --

Adiós, Fabio. -- Y tú, áspid fiero,  
quédate; que, a no más ver  
de tu hermosura me ausento.

*Vase FEDERICO*

PATACÓN: Nise, adiós. Y en esta ausencia  
una cosa te encomiendo,  
aforrada della.

NISE: ¿Qué es?

PATACÓN: Casta, no casta.

NISE: Ya entiendo.

*Vase PATACÓN*

FABIO: Bien pudiera yo vengarme,  
Lisarda, de tus desprecios  
con tus desprecios; mas es  
noble mi amor y no quiero  
que tus sentimientos sean  
despique a mis sentimientos;  
y así llóralos sin mí;  
porque al verte llorar, temo  
que a alguna ruindad me obliguen  
o mis celos o tus celos.

*Vase FABIO*

LISARDA: ¿Quién en el mundo se vio  
en igual desaire? Pero  
¿cómo cobarde me aflijo  
y no animosa me vengo?

NISE: ¿Qué venganza has de tener

de hombre tan ruin y grosero  
como ha andado? ¿Éste era el fino?  
¿Éste el rendido, el atento?  
¡Ah, fuego de Dios en todos!

LISARDA: No sé; mas sí sé, pues tengo  
esta joya en que fundar  
mis engaños.

NISE: ¿Cómo es eso?  
Pues ¿no la arrojaste al río?

LISARDA: No; porque el fin previniendo  
de que me podía servir,  
otra que tenía en el pecho  
arrojé, con que sus señas  
pudo desmentir el viento.  
Y pues lo que en un instante  
previne sucede, ¡ea, ingenio!  
a nueva fábula sea  
mi vida asunto; que, puesto  
que de celosas locuras  
están tantos libros llenos,  
no hará escándalo una más.

NISE: ¿Qué intentas?

LISARDA: ¿Desde el primero  
oriente mío no fui  
víbora, pues que naciendo  
la vida costé a mi madre?  
¿Mi padre entre los estruendos  
de Marte no me crió,  
por no dejarme a los riesgos  
de los bandos gebelinos,

siendo él campeón de los güelfos?  
¿Segunda naturaleza  
la costumbre no me ha hecho  
tan varonil que la espada  
rijo y el bridón manejo?  
¿Hoy, apagados los bandos,  
por ir al César sirviendo,  
en Milán no me dejó  
encargada a Filiberto,  
su hermano? ¿Él en esta ausencia  
también (¡ay de mí!) no ha muerto,  
con que estoy libre? ¿Mi primo,  
el príncipe de Orbitelo,  
a quien su madre ha criado,  
sin que le haya visto el pueblo,  
entre sus damas, no es  
un hermoso joven bello,  
en cuyo labio la edad  
aun no dio el perfil primero  
de la juventud? ¿No van  
a Ursino amantes diversos  
de Serafina?

NISE:                    Sí.

LISARDA:                Pues  
haz de todo esto un compuesto,  
y sígueme, sin que pongas  
objeción a mis intentos;  
que, si no hubiera extrañeza  
en los humanos afectos,  
la admiración se quedara

inútil al mundo; puesto  
que no hubiera que admirar  
maravillas y portentos  
de un hombre con desengaños  
y de una mujer con celos.

*Vanse*

*Salen dos damas con instrumentos, y TEODORO, viejo*

TEODORO:           ¿Traéis instrumentos?

DAMA 1:                Sí.

TEODORO:       Pues para aliviar su triste  
pena, en tanto que se viste,  
podéis cantar desde aquí,  
ya que experiencia tenemos  
que nada pasión tan fuerte,  
sino el canto, le divierte.

DAMA 1:        ¿Qué tono, Flora, diremos?

DAMA 2:        El de Aquiles, cuando está  
sirviendo a Deidamia; pues  
su letra otras veces es  
la que más gusto le da.

TEODORO:       Cantad, y sea el que fuere,  
pues a música inclinado,  
el cielo en ella le ha dado  
tanta gracia que prefiere  
a las aves; y podría  
ser que, como os escuchase,  
cantando él también, templase  
tan grave melancolía.

*Cantan*

DAMAS:        "De Deidamia enamorado,  
hermosísimo imposible,

en infantes años tiernos  
estaba el valiente Aquiles."

***Sale CÉSAR vistiéndose***

CÉSAR:       ¿De Deidamia enamorado,  
hermosísimo imposible,  
en infantes años tiernos  
estaba el valiente Aquiles?

***Canta***

"¡Ay de mí, triste,  
que mi vida estas voces me repiten!"

DAMAS:       "Tan rendido a sus pasiones,  
felices ya, ya infelices,  
que a gusto del pesar muere,  
y a pesar del gusto vive."

CÉSAR:       ¿Tan rendido a sus pasiones,  
felices ya, ya infelices,  
que a gusto del pesar muere,  
y a pesar del gusto vive?

***Canta***

"¡Ay de mí, triste,  
que mi vida estas voces me repiten!"

DAMAS:       "Tetis, su madre, temiendo  
que entre dos muertes peligro,  
la guerra que la amenaza

y la pasión que le aflige,  
porque una no sepa dél  
y otra su dolor alivie,  
para que sirva a Deidamia  
traje de mujer le viste."

CÉSAR:           ¿Para que sirva a Deidamia  
traje de mujer le viste?

*Canta*

"¡Ay de mí, triste,  
que mi vida estas voces me repiten!"

Callad, callad; que parece  
que el tono y letra que oí,  
no por Aquiles, por mí  
se hizo; pues en él me ofrece  
no sé qué sombras la idea  
que presumo que soy yo  
quien en mujer transformó  
su madre; pues que desea  
que, entre mujeres criado,  
de Marte el furor ignore,  
y melancólico llore  
las amenazas del hado,  
sin que a mi dolor penoso  
alivie el daño; pues dél  
sólo me da lo crüel  
y me niega lo piadoso.

Pues ya que como mujer,  
contra mi ambición altiva,  
quiere que encerrado viva,  
pudiera también hacer  
que como mujer sirviera  
a otra más bella, más rara  
Deidamia, de quien gozara  
sólo la vista siquiera.

Y puesto que mis tormentos  
tanto me ahogan, callad,  
y para siempre arrojad  
o romped los instrumentos;  
que no quiero, cuando yo  
lloro un oculto pesar,  
oír cantar, por no cantar.

TEODORO:       ¿Esto no te agrada?

CÉSAR:               No.

TEODORO:       Pues ¿de cuándo acá, si el cielo  
de tal gracia te ha dotado  
que a tus voces se han parado  
los pájaros en su vuelo,  
la aborreces, siendo así  
que sólo el canto solía  
templar la melancolía?

CÉSAR:       Desde que reconocí  
que él la templaba, no quiero,  
Teodoro, usar dél; que es tal  
mi mal que sólo en mi mal  
me alivia el ver que dél muero.

Y así dejadme morir,

sentir, padecer, penar.

¿Qué tono como llorar?

¿Qué letra como gemir?

TEODORO:           ¿Es posible que de mí  
no te fiarás, pues he sido  
yo el que solo te ha servido,  
criado y enseñado?

CÉSAR:                Sí.  
De ti me quiero fiar. --

*A las damas*

Salíos las dos allá fuera.

*Vanse las damas*

CÉSAR:            Oye la piedad primera  
que me debe mi pesar:

          Herederero de mi padre  
quedé, Teodoro, en infancia  
tan tierna que no sentía,  
hasta otro tiempo, su falta.  
Mi madre, guardando noble  
la viudedad de romana  
antigua, como matrona  
de su lustre y de su fama,  
dejó a Milán y a Orbitelo  
y, reduciendo su casa  
a moderada familia,  
la trajo entre estas montañas

donde Mirafior del Po  
es tan abreviado alcázar  
que apenas sus poblaciones  
de cuatro villanos pasan.  
Cubrió de funestos lutos  
su vivienda, con tan rara  
austeridad que aun al campo  
apenas dejó ventana.  
En esta soledad y este  
retiro fue mi crianza  
del delito del nacer  
una prisión voluntaria.  
En ella (que, aunque lo sepas,  
no importa el decirlo nada,  
puesto que un triste, aunque diga  
lo que se sabe, descansa)  
con tan grande, con tan ciega  
terneza me mira y ama  
que el aire, que apenas pase  
junto a mí, la sobresalta.  
Si alguna tarde la pido  
licencia para ir a caza,  
aun los conejos presume  
que son fieras que me matan;  
y lo más que me concede  
es, cuando más se adelanta,  
chucherías de las aves,  
varetas, ligas y jaulas.  
Si a las orillas del río  
salgo a pescar con la caña,

desvanecido en sus ondas  
temiendo queda que caiga.  
Verme arcabuz en las manos  
es llorar que se dispara  
o se revienta. Si ve  
que algún caballo me agrada,  
por manso que sea, presume  
que se desboca y me arrastra.  
Espada no me permite  
traer, siendo así que la espada  
a los hombres como yo  
se ha de ceñir con la faja.  
La familia que me asiste  
sólo es de dueñas y damas  
y sólo lo que de mí  
la gusta es tocar un arpa,  
a cuyo compás tal vez,  
porque buscando esta gracia  
a otra, quizá dio conmigo,  
llora mi voz lo que canta.  
A ti solo, por no hallar  
mujer en el mundo sabia,  
que si la hubiera en el mundo,  
sin duda es que la buscara,  
me dio por maestro, de quien  
he aprendido lo que llaman  
buenas letras; de manera  
que hijo de viuda es tanta  
la atención con que me cría,  
el temor con que me guarda,

que presumo que la misma  
naturaleza se agravia,  
quejosa de que el cabello  
crecido y trenzado traiga,  
y por eso no ha querido  
brotar, Teodoro, en mi cara  
aquella primera seña  
que a la juventud esmalta.  
Dejemos en este estado  
la desdicha de que haya  
crecido un hombre a no más  
que a crecer, sin que le haga  
pasaje la edad a que  
a ver sus iguales salga;  
y vamos a otro suceso,  
cuya novedad extraña,  
criándola como me crían,  
nunca ha salido del alma.  
Serafina, que hoy de Ursino  
es princesa propietaria,  
vencido el pleito, de que  
tú fuiste parte contraria,  
pues de Federico amigo,  
ayudaste sus instancias,  
cuya ojeriza te tiene  
sin tu familia y tu casa,  
y confiscada tu hacienda,  
desterrado de tu patria,  
a besar la mano al César,  
que en esta ocasión se hallaba

en Milán, porque viniendo,  
llamado de la arrogancia  
del esguízaro rebelde,  
dar quiso una vuelta a Italia,  
pasó a vista de Belflor,  
adonde mi madre trata,  
por deudo o por amistad,  
aquella noche hospedarla.  
Vila, Teodoro, y vi en ella  
la beldad más soberana  
que pudo en su fantasía,  
lámina haciendo del aura,  
del pensamiento colores,  
jamás dibujar la varia  
imaginación de quien  
piensa en lo que a ver no alcanza;  
si ya no es que, como era  
mi pecho una lisa tabla  
en quien amor no había escrito  
ningún mote de sus ansias,  
sin ser menester borrar  
líneas de primera estampa,  
pudo escribir fácilmente,  
y escribió: "Muera quien ama."  
Apenas besé su mano  
cuando mi madre me manda  
retirar, por dar lugar  
a que descansa en la cama.  
Tan breve fue la visita  
que pienso que, si tornara

a verme, no era posible  
que me conociese. ¡Oh cuánta  
debe, Teodoro, de ser  
la no medida distancia  
que hay desde el ver al mirar!  
Dígalo el que viendo pasa  
o el que mirando se queda;  
pues siendo una cosa entrambas,  
uno esculpe en bronce duro  
y otro imprime en cera blanda.  
Tan triste salí y tan ciego  
de haberla visto y dejarla  
que, curiosamente osado,  
dando la vuelta a una cuadra  
que a su hospedaje salía,  
a la breve luz escasa  
de la llave de la puerta  
falseó mi vista las guardas.  
De sus prendidos adornos  
fue despojando bizarra  
el cabello y, viendo yo  
que a cada flor que quitaba  
iba quedando más bella,  
dije: "Sin duda es avara  
la hermosura allá en el mundo,  
pues sobre perfección tanta,  
pidiendo ayuda al aliño,  
pide lo que no le falta."  
Apenas él se vio libre  
de trenzas y de lazadas,

cuando empezó a desmandarse  
por el cuello y por la espalda.  
Perdone esta vez Ofir,  
peinado monte de Arabia,  
porque esta vez no han de hilarse  
sus hebras en sus entrañas.

De negro azabache era  
ondeado golfo, y con tanta  
oposición por la nieve  
o se encoge o se dilata  
que, cuando la blanca mano  
en crencha al lado le aparta,  
jugando siempre el dibujo  
de la frente a la garganta,  
de ébano y marfil hacía  
taracea negra y blanca.

A fácil prisión reduce  
una cinta la arrogancia  
de aquel desmandado vulgo,  
tras cuya acción se levanta  
con tal gala que no era  
para quedarse sin gala.

Lo que dijera no sé  
de una pollera que a gayas,  
siendo primeravera de oro,  
brotaba flores de plata.

No sé (¡ay Dios!) lo que dijera  
de un guardapié que guardaba  
no sé qué cendal azul,  
no sé qué rasgo de nácar,

de cuyos jazmines era  
botón un átomo de ámbar,  
si no fueras tú (¡ay de mí!)  
Teodoro, el que me escucharas.  
Que canas y dignidad  
de maestro me acobardan,  
y no suenan bien verdores,  
donde hay dignidad y canas.  
Y así diré solamente  
que, apenas se vio acostada,  
cuando sirviendo la cena  
de mi madre las criadas,  
dejándome con la noche,  
ella se fue con el alba.  
Cómo quedé no te digo;  
tú que lo imagines basta;  
pues eres testigo fiel  
de mis repetidas ansias.  
Muriérame de tristeza  
si en un acaso no hallara,  
para engañar al dolor,  
tan pequeña circunstancia  
como fue que, hablando della  
mi madre, dijo una dama:  
"No era mala la princesa  
para hija." A que recatada  
respondió con falsa risa:  
"¡Quién con la piedra encontrara  
filosofal del amor!  
¡Que a fe que no fuera falsa!"

¡Qué bien contento es un triste!

Pues, cuando de darle tratan  
algún alivio a su pena,  
cualquiera cosa le basta.

Dígolo porque sobró,  
dicha sola una palabra,  
para que yo no muriese,  
a cuenta desta esperanza.

Pero aun este breve alivio  
ya de entre manos me falta,  
pues ya sé (la culpa tuvo  
leer tú en público la carta)  
que a Serafina pretenden  
cuantos príncipes Italia  
tiene, a cuyo efecto es toda  
su corte saraos y danzas,  
máscaras, justas, torneos,  
en que todos se señalan,  
porque, celoso de todos,  
muera en mi desconfianza.

Mil veces me hubiera huido  
desta prisión que me guarda,  
si presumiera de mí  
que yo pudiera agradarla.

Mas ¿dónde he de ir si, criado  
entre meninas y damas,  
sé de tocados y flores  
más que de caballos y armas?

¡Mal haya, no el amor digo  
de mi madre, mas mal haya,

dejando en salvo su amor,  
de su amor la circunstancia!  
Pues ella, para que tema  
verme en público, me ata  
las manos. Ésta es mi pena,  
éste mi dolor, mi ansia,  
mi tristeza, mi desdicha,  
mi mal, mi muerte y mi rabia.

TEODORO: De todo cuanto me has dicho  
no he de responderte a nada,  
sino a aquel punto no más  
que tocaste, en que yo, a causa  
de amigo de Federico,  
ausente estoy de mi patria.

CÉSAR: Pues ¿qué me importa a  
mí  
eso?

TEODORO: El todo de tu esperanza.

CÉSAR: ¿Cómo?

TEODORO: Como interesado  
soy en que tú a Ursino vayas;  
pues si por dicha lograses  
tú el fin de dicha tan alta,  
templará tu casamiento  
de Serafina la saña,  
y yo volveré a vivir  
con mi familia y mi casa.

CÉSAR: Supongo que tú me ayudes  
a que desta prisión salga;  
¿qué he de hacer yo en el concurso

de tantos como la aman,  
si apenas los nombres sé  
de lo que es tela o es valla?  
Y si la verdad confieso,  
sólo el pensarlo me espanta;  
que no en vano a la costumbre  
todos en el mundo llaman  
segunda naturaleza.

TEODORO: Mira, amor vuela con alas  
ocultamente; y así  
nadie ve por dónde anda.  
Esto es decirnos que siempre,  
con sus elecciones varias,  
tal vez le agrada lo fiero,  
tal vez lo hermoso le agrada,  
tal le complace lo altivo,  
y tal lo altivo le cansa.  
Siendo así, no desconfíes,  
que tu hermosura y tu gracia  
y más, si es que alguna vez  
donde ella lo escuche cantas,  
podrá ser que la enamores  
más por las delicias blandas  
que esotros por los estruendos.  
Angélica lo declara;  
hermoso quiso a Medoro  
más que a Orlando altivo. Trata  
de enamorarla tú el gusto,  
podrá ser que, si es que alcanza  
más lo bello en los festines

que lo fiero en las campañas,  
lo que una Angélica hizo  
una Serafina haga.  
Vente conmigo, que yo  
te pondré en Ursino casa.  
Tu madre, viéndote allá,  
es preciso que te valga  
de todos los lucimientos.  
Y pues que la edad te salva  
de torneos y de justas,  
apela para las galas,  
el ingenio y la belleza;  
y cuando no logres nada  
¿en qué peor estado entonces  
te hallarás que el que hoy te hallas?

CÉSAR: Dices bien, y las acciones  
que tocan en temerarias  
no se han de pensar; y así  
¿cuándo quieres que me vaya?

TEODORO: Esta noche; y pues yo tengo  
llave que a tu cuarto pasa,  
abierto estará; teniendo  
puesta en la sirga una barca  
que el Po abajo nos conduzca  
a la quinta en que hoy se halla  
Serafina, en tanto que  
la ruina del cuarto labran.

CÉSAR: Sola una dificultad  
resta ahora, para que salga.

TEODORO: ¿Qué es?

CÉSAR:           Que es preciso que pase  
por delante de la cama  
de mi madre; y si me ve  
salir, es fuerza la haga  
novedad.

TEODORO:        ¿No habrá un disfraz  
con que, a aquella luz escasa  
que la queda, no conozca  
que tú seas el que pasa?

CÉSAR:        Sí; y el disfraz ha de ser...

TEODORO:        ¿Qué?

CÉSAR:           Que a la dama de guarda  
que duerme allí, quitaré...

*Dentro*

VOZ:            ¡César!

CÉSAR:           Mi madre me llama.

TEODORO:        Responde, porque no entienda  
de nuestro secreto nada.

CÉSAR:        Pues adiós.

TEODORO:        ¿En qué quedamos?

CÉSAR:        En que saldré, aunque me haga  
injuria el disfraz que pienso.

TEODORO:        Antes viene bien la traza,  
para que no te conozcan,  
aunque en tus alcances vayan.

CÉSAR:        Pues espérame; y adiós.

TEODORO:        En vela mi amor te aguarda.

CÉSAR:        ¡Oh quiera el cielo que logre  
mi amor por ti esta esperanza!

TEODORO:        ¡Oh quiera el cielo que vuelva

por ti yo a gozar mi patria!

***Vanse. Salen SERAFINA, LAURA y CLORI***

LAURA: Ya que tus melancolías

te traen al campo, señora,  
no llores con el aurora,  
pues hay alba con quien rías.

SERAFINA: Mal de las tristezas mías

el pesar podrá aliviar  
risa o llanto.

CLORI: Eso es mostrar

que no hay ni puede haber  
a quien dé vida el placer,  
si a ti te mata el pesar.

SERAFINA: ¿Por qué?

CLORI: Porque, si tu estrella,

señora, a verte ha llegado  
tan ilustre por tu estado,  
por tu perfección tan bella,  
y tú formas queja della,  
¿quién con la suya estará  
contenta?

SERAFINA: Más que me da

mi estrella, Clori, me quita  
quien hacerme solicita  
certamen de amor; y ya  
que apuras mi sentimiento,  
¿qué importa que celebrada  
viva en mi estado, adorada  
de uno y otro pensamiento,  
si al interés sólo atento

vino a servirme el más fino,  
siendo el estado de Ursino  
la dama que adora fiel,  
pues cuando estaba sin él  
ninguno a mis ojos vino?

¿Por qué ha de pensar, me di,  
el que hoy miras más postrado  
que valgo yo por mi estado  
lo que no valgo por mí?  
¿Quieres ver si esto es así?  
El día que se abrasó  
mi palacio, ¿cuál llegó  
desos amantes a darme  
vida? ¿Cuál, para librarme,  
a las llamas se arrojó?

¡Bueno es que, estando servida  
de tantos príncipes, fuese  
un hombre vil quien me diese  
a vista de todos vida!  
Y ser vil, es conocida  
cosa, pues se contentó  
con la joya que llevó,  
como si yo no le hubiera  
de pagar de otra manera  
el socorro.

LAURA:                   En eso no  
                                  puedes tu queja fundar;  
                                  que a tus umbrales primero  
                                  estaría.

SERAFINA:               Ahora quiero

a nueva queja pasar.  
¿Por qué otro había de estar  
a mis umbrales? Mal sales  
con la razón que los vales;  
que eso antes es ofendellos;  
porque yo pensaba que ellos  
dormían a mis umbrales.

Con que de todos quejosa  
y de ninguno agradada,  
me huelgo ver dilatada  
aquella lid amorosa,  
por si en tanto que reposa  
en quietud el ardimiento,  
tregua hace mi sentimiento  
al ver que en su competencia  
ha de hacer la conveniencia,  
y no el gusto, el casamiento.

***Sale CARLOS***

CARLOS: Sabiendo que esta mañana  
salías al campo, porqué  
lo dijo alegre la rosa,  
lo dijo ufano el clavel,  
esperando cada uno  
la dicha de florecer  
más que al halago del sol,  
al contacto de tu pie,  
previne, por si querías  
del río la pesca ver,  
tres góndolas que veloces  
parecen, sulcando en él,

tal vez dejando la orilla,  
y cobrándola tal vez,  
que un Aquilón africano  
las engendró a todas tres.  
Para música las dos  
son, la otra para ti, en quien  
brillar, a pesar del agua,  
una ascua de oro se ve;  
bien que la tienda desdice  
el concepto; porque, aunque  
son de oro los masteleros,  
de tela la tienda es,  
con cuyo verde color  
se corresponden después  
gallardetes y casacas,  
todo haciendo, al parecer,  
un verde islote, si ya  
no un escollo, como el que  
hurta un poco sitio al mar,  
y mucho agradable en él.  
Pero aunque mi prevención  
atenta a tu gusto esté,  
con la música en el aire  
y el agua con la red,  
te suplico que no admitas  
hoy el festejo, porque  
colérico el Po ha salido  
de sus límites. No sé  
si ha sido envidia del mar  
que, llegando a conocer

que por huésped te esperaba,  
se ha incorporado con él,  
con cuya avenida es tal  
de su furor el desdén  
que, abrigándose a la orilla,  
al más lejano bajel,  
si no le da el temor alas,  
de pluma calza los pies.

SERAFINA: La prevención agradezco,  
Carlos, y el aviso; y pues  
se ve el Po tan esplayado,  
que lo que era campo ayer  
hoy es golfo, y en su margen  
sólo descollarse ven  
cuatro o seis desnudos hombros  
de dos escollos o tres,  
y que vuestra prevención  
no deja lograrse, haced  
que la góndola en la arena  
varada aguarde, hasta que  
de la cólera del Po  
templada la saña esté.

CARLOS: Así templara su saña...

SERAFINA: Basta; no me digas quién.

CARLOS: ¿Qué importa que yo lo calle,  
si la que lo ha de saber  
lo sabe ya?

SERAFINA: Y aun por eso  
es justo el callarlo; pues,  
para no saber, oír

retórica ociosa es. --

***A CLORI y NISE***

Venid conmigo las dos  
por esta orilla.

CARLOS: Ya, pues  
que me obliguéis a callar,  
no me obliguéis a no ver;  
y permitidme que siga  
el divino rosicler,  
mudo girasol de amor.

***Salen FEDERICO y PATACÓN***

FEDERICO: No pases de aquí.

PATACÓN: ¿Por qué?

FEDERICO: Porque está aquí Serafina.

PATACÓN: Pues antes por eso es bien

que pase y repase a verla;  
que estoy muriendo por ver  
si es tan bella como dices.

FEDERICO: El paso, loco, detén;  
que, si no miente el temor  
o el corazón, que es mal fiel,  
es Carlos de Bisiniano  
el que está allí. ¡Ansia cruel!

PATACÓN: ¿Al primer encuentro azar?

Mas ¿cuánto va que a perder  
echamos el galanteo  
al primer lance?

FEDERICO: ¿Por qué?

PATACÓN: Porque, si celos te da,  
reñirás luego con él.

FEDERICO: No haré; que el que a competir  
viene en público, ya sé  
que ha de sentir y callar,  
si desea merecer.

PATACÓN: ¡Cuánto me huelgo de verte,  
señor, dese parecer!

FEDERICO: ¿Por qué?

PATACÓN: Porque hay quien murmure  
que luego la espada esté  
a cada paso en la mano.

FEDERICO: Cobarde debe de ser;  
que, si a cualquier paso hay causa,  
el no parecerle bien  
que otro riña es argumento  
de que no riñera él.

LAURA: ¿Dónde, caballero, vais?  
Atrás el paso volved;  
que está la princesa aquí.

FEDERICO: Pues hacedme vos merced  
de saber si da licencia  
a un forastero de que  
bese su mano.

LAURA: Esperad  
aquí. Mas ¿quién la diré  
que sois?

FEDERICO: Federico Ursino.

LAURA: Perdonad no conocer  
vuestra persona.

FEDERICO: No hay culpa  
en vos. (Pues que ya la ves,

no es hermosa?)

PATACÓN: (No, por cierto,  
sino así, un sí es, no es).

LAURA: Federico Ursino dice,  
señora, licencia des  
para que bese tu mano.

SERAFINA: Vuelve, Laura, a decir quién.

LAURA: Federico Ursino.

SERAFINA: ¿A mí  
mi primo?

LAURA: Sí.

SERAFINA: Sólo fue  
éste el necio que faltaba  
para cansarme también.

LAURA: ¿Qué quieres que le responda?

SERAFINA: Di que llegue.

### ***A FEDERICO***

LAURA: Ya tenéis  
licencia.

FEDERICO: (Turbado llego).

CARLOS: (Sólo ahora faltaba ser  
competidor Federico.  
Mas no se atreverá él,  
pobre y deslucido, a serlo.)

FEDERICO: Pues no puedo merecer  
besar, señora, tu mano,  
merezca besar tus pies.

SERAFINA: Del suelo alzado.

FEDERICO: Extrañado  
el atrevimiento habréis

de llegar a vuestros ojos;  
pues porque no lo extrañéis  
y sepáis con qué ocasión,  
que sólo vengo sabed  
del gobierno del estado  
a daros el parabién.

Porque nadie más que yo  
interesado se ve  
en vuestro aumento; pues sólo  
sentí la instancia perder  
porque fuese otro y no yo  
quien su posesión os dé.  
Gocéisle la edad del Fénix  
que, hijo y padre de su ser,  
o nace para morir  
o muere para nacer.

SERAFINA: Yo, Federico, os estimo  
cumplimiento tan cortés.

FEDERICO: No es cumplimiento, señora,  
y porque lleguéis a ver  
cuán de veras mi verdad  
desea satisfacer  
la obligación de escudero,  
vengo a pedir os me deis,  
por ser yo a quien más le toca,  
licencia de deshacer  
en vuestro nombre un agravio  
que os hacen en un cartel.

CARLOS: ¿Qué agravio?

FEDERICO: Decir que nadie

la merece.

CARLOS:                   Pues ¿hay quién?

FEDERICO:     Sí; quien la vida la da,  
cuando en peligro la ve,  
merece gozar la vida  
que desde allí es suya, pues  
nadie da lo que no es suyo;  
y si entonces suya fue  
la vida que dio ¿quién duda  
que ahora lo sea también?

CARLOS:        Aunque ésa es sofistería,  
¿quién fue quien se la dio?

FEDERICO:                                Quien  
(bien entrara aquí la joya;  
¡mal haya Lisarda, amén!),  
cuando otros de reposar  
trataba de padecer,  
y está tan desvanecido  
de aquella acción que de fiel  
se encubre, porque no quiere  
más premio, más interés,  
que el haberla conseguido.  
Y así vengo a defender  
que quien da una vida y calla  
merece premio de ser  
dueño de su vida antes,  
y de su favor después.

CARLOS:        Eso dirá la campaña.

FEDERICO:     ¿Quién dice que no?

SERAFINA:                               Está bien.

Y pues tiene apelación  
la porfía, suspended  
los argumentos; que aquí  
sólo se he de oír y ver.

***Dentro LISARDA y CÉSAR***

LISARDA:       ¡Cielos, favor!  
CÉSAR:           ¡Piedad, cielos!  
SERAFINA:       ¿Qué dos veces escuché  
                  en el monte y en el río?  
FED. Y CARLOS:  A lo que se deja ver...  
FEDERICO:       desbocado un caballo...  
CARLOS:         zozobrado allí un batel...  
FEDERICO:       por el monte a despeñarse...  
CARLOS:         por el río a perecer...  
FEDERICO:       con un generoso joven...  
CARLOS:         con una hermosa mujer...  
FEDERICO:       vaga de uno en otro risco.  
CARLOS:         va de uno en otro vaivén.

***Dentro CÉSAR y LISARDA***

CÉSAR:         ¡Cielos, piedad!  
LISARDA:        ¡Favor, cielos!  
SERAFINA:       ¡Qué desdicha tan crüel!  
                  ¡Quién sus dos vidas pudiera  
                  piadosa favorecer!  
FEDERICO:       Si tú lo deseas, yo ofrezco  
                  la una.

***Vase FEDERICO***

CARLOS:         Yo la otra también.

***Vase CARLOS***

SERAFINA:       ¿Cómo, hidalgo, vos no vais  
                  uno ni otro a socorrer?

PATACÓN: No me tocan los socorros;  
que soy toreador de a pie.

LIS. Y CÉSAR: ¡Cielos, piedad! ¡Piedad, cielos!

CLORI: Ya Federico se ve...

LAURA: Ya Carlos allí se mira...

CLORI: que con gallarda altivez...

LAURA: que con osado denuedo...

CLORI: saliendo al bruto al través...

LAURA: los remos tomando a un barco...

CLORI: la capa enreda a los pies...

LAURA: dando cabo al leño frágil...

CLORI: y con la espada después...

LAURA: trayéndole de remolque...

CLORI: le ha podido detener...

LAURA: pudo a la orilla sacarle...

CLORI: y viendo al joven caer...

LAURA: y desmayada la dama...

CLORI: carga en los brazos con él...

LAURA: con ella carga en los brazos...

LAS DOS: y ambos llegan a tus pies.

***Saca FEDERICO a LISARDA en los brazos, vestida de hombre, y CARLOS a CÉSAR,  
vestido de mujer***

FEDERICO: Ya la parte que me cupo  
deste peligro excusé.

CARLOS: Y en la que me cupo a mí  
estás servida también.

SERAFINA: ¡No vi más gallardo joven;  
no vi más bella mujer!

LISARDA: ¡Cielos, aliento me dad!

CÉSAR: ¡Vida, hados, me conceded!

LISARDA: Para saber a quién debo  
la vida...

CÉSAR: Para saber  
dónde estoy...

LISARDA: (Pero ¿qué miro?)

CÉSAR: (Mas ¿qué es lo que llevo a ver?)

LISARDA: (¿Federico no es aquéste?)

CÉSAR: (¿Ésta Serafina no es?)

FEDERICO: (¡Patacón!)

PATACÓN: (Nada me digas;  
ya todas tus dudas sé.)

FEDERICO: (¿No es ésta Lisarda?)

PATACÓN: (Así  
lo fuera yo.)

SERAFINA: En tanto que  
vos, bella dama, cobráis  
los colores que a la tez  
robó el susto, decid vos  
¿quién sois?

LISARDA: En sabiendo a quién;  
que no es justo una ignorancia  
me acuse de descortés.

SERAFINA: Serafina soy.

LISARDA: Ahora  
que, rendido a vuestros pies,  
no puedo errar el estilo,  
que soy, señora, sabed  
el príncipe de Orbitelo,  
César...

CÉSAR: (¿Qué es lo que escuché?)

Mi nombre ha dicho y mi estado.)

PATACÓN:        ¡Vive Dios...

FEDERICO:                (La voz detén.)

PATACÓN:        (que es el enredo mayor!)

FEDERICO:        (Oye y calla.)

PATACÓN:                (Mal podré.)

LISARDA:        ...que, habiendo oído a la fama

el certamen de un cartel,  
a ser vuestro aventurero  
vengo, confiado en que  
no mereceros ninguno  
es asunto suyo, pues  
no es grosero quien ya sabe  
que viene a no merecer.  
Por llegar a vuestros ojos  
tan veloz pretendí ser  
que, con ansias de volar,  
tuve a pereza el correr;  
con que, apurado el caballo,  
al freno rompió la ley,  
si ya no fue de mi dicha  
diligencia su altivez;  
porque volar hacia el sol  
lo acreditase el caer.

***Sale NISE de lacayuelo***

NISE:        Y yo, Gandalín Menique,  
ragazzo suyo, doy fe  
que es verdad cuanto él ha dicho,  
fecha a tantos de tal mes,  
día de San Orbitelo,

supuesto que cae en él.

LISARDA:       ¡Quita, necio!

PATACÓN:               (¡Vive Dios,  
que Nise el lacayo es!)

FEDERICO:       (¡Calla!)

PATACÓN:       (¿Quién ha de callar?)

FEDERICO:       (Quien ve que no le está bien.)

SERAFINA:       Vos seáis muy bien venido;

que a mí me pesa de haber  
dado al peligro ocasión.

(Aunque le he visto otra vez,  
no le conociera ahora;  
pero tan de paso fue  
que no percibí sus señas.)

A mi primo agradeced  
el socorro.

LISARDA:               Caballero,  
yo os estimo la merced.

FEDERICO:       Guárdeos el cielo. (¡Ah, tirana!)

SERAFINA:       Si acaso cobrado habéis,

**A CÉSAR**

hermosa dama, el aliento,  
decidme, ¿quién sois?

CÉSAR:               (¿Qué hare?

Que decir quién soy, en este  
traje, en público, no es bien,  
ni que se sepa de mí  
que yo he podido usar dél;  
pues dejar que otro mi nombre  
tome y pretenda con él

tampoco es justo.)

SERAFINA:                   Pues ¿no  
                                  habláis?

CÉSAR:                   (Qué decir no sé.)  
                                  Yo, señora...

SERAFINA:                   Proseguid.

CÉSAR:           ...hija soy de un mercader  
(forzoso es disimular  
y fingir hasta después)  
que a embarcarse al puerto iba,  
cuando, empezando a romper  
sus márgenes el Po, hizo  
que zozobrase el bajel.  
Queriendo salir a tierra,  
(esto solo verdad es)  
para darme a mí la mano,  
la tomó primero él,  
a cuyo tiempo, rompiendo  
la sirga (¡ay de mí!) el cordel,  
con un embate, me hizo  
volver al golfo otra vez,  
sin que él, en la orilla ya,  
me pudiese socorrer.  
Echóse al agua el barquero,  
procurando defender  
su vida, con que yo (¡ay triste!)  
sola en el barco quedé,  
expuesta a las inclemencias  
del hado, ya no crüel  
para mí, sino piadoso,

pues he llegado a tus pies.  
(¡Mal haya el infame acaso  
que acción tal me obliga a hacer!)

SERAFINA: A Carlos de Bisiniano

lo podéis agradecer. --  
Y ya que de dos fortunas  
teatro esta playa fue,  
por cuenta mía las dos  
desde hoy han de correr.  
Id, César, a descansar. --  
¡Lidoro!

*Sale LIDORO viejo*

LIDORO: ¿Qué mandas?

SERAFINA: Que  
en vuestro cuarto esa dama  
se albergue, porque no es bien  
introducirla en el mío,  
sin saber mejor quién es. --  
En él podrás repararte  
desta fortuna, hasta que  
sepa tu padre de ti.

CÉSAR: ¡Vida los cielos te den!

SERAFINA: Ven, Laura. (¡Ay de mí!) Ven, Clori.

LAURA Y CLORI: ¿Qué es lo que llevas?

SERAFINA: No sé.

(No vi más gallardo joven,  
no vi más bella mujer,  
ni vi tampoco deseo  
como el que llevo, de que  
haya sido Federico

el que la vida me dé.)

***Vanse SERAFINA, LAURA y CLORI***

LIDORO: Venid, señora, conmigo  
adonde servida estéis.

***Vase LIDORO***

CÉSAR: (Aquí no hay más que sufrir  
de mi fortuna el desdén.)

***Vase CÉSAR***

CARLOS: (Aquí no hay más que pensar  
nuevos contrarios vencer.)

***Vase CARLOS***

FEDERICO: ¡Fiera, enemiga, tirana,  
falsa, alevosa y cruel,  
que has venido a dar la muerte  
a quien la vida te dé!  
¿Qué es tu intento?

LISARDA: Caballero,  
ni sé qué decís ni sé  
quién sois. Tratad vos de amar,  
mientras yo de aborrecer.

***Vase LISARDA***

PATACÓN: Y tú, aspidillo casero,  
¿a qué has venido acá?

NISE: A que,  
mientras yo de bufonear,  
trate de callar usted.

***Vase NISE***

FEDERICO: ¿Quién vio igual locura?

PATACÓN: A mí  
poco me estorbara, pues  
esto no puede durar  
más que hasta decir quién es.

FEDERICO:     Pues a nadie se lo digas;  
                  que no le está a mi amor bien  
                  galantear una beldad,  
                  cargado de una mujer.

PATACÓN:     Pues ¿qué hemos de hacer?

FEDERICO:                             Callando  
                  dejar el lance correr,  
                  mientras él no se declare,  
                  diciendo una y otra vez,  
                  entre un olvidado amor  
                  y un acordado desdén:  
                  "Arded, corazón, arded;  
                  que yo no os puedo valer."

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

---

## JORNADA SEGUNDA

---

### *Salen LAURA y CLORI*

CLORI:             No se ha visto igual extremo  
                  en el mundo.

LAURA:                             ¿Quién creyera  
                  que condición tan extraña  
                  a cuanto es agrado diera  
                  poder a una advenidiza  
                  mujer, a quien su deshecha  
                  fortuna echó a estos umbrales,  
                  porque dulcemente diestra  
                  la escuchó cantar tal vez

desde el sitio en que se alberga  
en el cuarto de Lidoro,  
hechizada de manera  
al encanto de su voz  
que dueño absoluto sea  
de su voluntad?

CLORI:                   No, Laura,  
en tu queja ni en mi queja  
hablemos; porque parece  
que aquí las voces se acercan.

LAURA:           Pues, la plática mudemos,  
hablando de nuestra fiesta.

*Salen SERAFINA y CÉSAR vestido de mujer*

SERAFINA:       ¿Dónde, Celia, el instrumento  
dejaste?

CÉSAR:           En las flores bellas  
le dejé.

SERAFINA:       ¿Por qué?

CÉSAR:           Señora,  
porque a su dulce tarea,  
en metáfora de arco,  
descanse un rato la cuerda.

SERAFINA:       Ve por él, porque no hay cosa  
que más me alivie y divierta,  
de tantos necios pesares  
como una dicha me cuesta,  
que tu voz. Y así, entre tanto  
que por la apacible esfera  
voy deste jardín, te pido  
que al compás de las risueñas

cláusulas de sus cristales  
el aire tu voz suspenda.

CÉSAR: Beso, señora, tu mano,  
por el agrado que muestras  
a quien feliz e infeliz  
llegó a tus pies. (¡Ay adversa  
suerte mía! Aunque me quite  
fama y honor tu violencia,  
¿qué importa, si no me quita  
que estos favores merezca?)  
Pero permitid ... (¡ay triste!)

SERAFINA: ¿Qué?

CÉSAR: Que hoy te pida licencia  
para no cantar.

SERAFINA: ¿Por qué?

CÉSAR: Porque, aunque es mi dicha inmensa  
en servirte y agradarte,  
no sé qué oculta tristeza  
se ha apoderado del alma,  
que más a llorar me fuerza  
que a cantar, y no sé cómo  
en un corazón se avenga  
el gusto y pesar a un tiempo.

SERAFINA: Pues ¿qué es lo que sientes, Celia,  
que a tanto dolor te obliga?

CÉSAR: ¿Qué es lo que quieres que sienta  
(¡Oh, quién pudiera decirlo!  
¡Oh, quién callarlo pudiera!)  
si de mi padre ignorada,  
que, por llorarme por muerta,

quizá no me busca viva,  
de mi natural tan fuera  
que admirada estoy de cuánto  
estoy en éste violenta?

SERAFINA: Yo pensé que mis favores  
de tus fortunas pudieran  
contrapesar los acasos.

CÉSAR: Pues si por ellos no fuera,  
¿estuviera yo con vida?  
Y aunque por ellos la tenga,  
quizá son ellos también  
los que mi pesar aumentan.

SERAFINA: ¿Cómo?

CÉSAR: Como ellos son causa  
de que haya quien me aborrezca.  
Y si me excuso...

SERAFINA: Prosigue.

CÉSAR: ...es porque alguna no sienta  
oír mi voz.

SERAFINA: Di; que yo  
gusto oírla. Canta apriesa;  
no temas la invidia.

CÉSAR: Basta;  
¿y si Clori y Laura fueran?

SERAFINA: ¿Son, Celia, por quien lo dices?  
Yo te haré vengada dellas. --  
Laura y Clori, ¿de qué habláis?

LAURA: Viendo que todos desean  
en aquestas soledades  
dar alivio a tus tristezas,

tus damas, por tener parte  
en tan digno asunto, intentan  
que, para hacerte un festejo,  
las des, señora, licencia  
el día que cumples años.

SERAFINA:       ¿Qué festejo?

CLORI:               Una comedia.

SERAFINA:       ¿Por qué, di, no la he de dar?  
Que yo me holgaré de verla.

LAURA:       Pues ya que muestras agrado  
en que la estudiemos, resta,  
porque es de música, a usanza  
de Italia...

SERAFINA:       ¿Qué?

CLORI:               Que entre Celia  
a ayudarnos.

SERAFINA:       ¿Qué papel  
ha de hacer?

LAURA:       El galán della;  
que su hermosura y su gracia  
es bien que a todas prefiera.

SERAFINA:       ¿Querrás, Celia?

CÉSAR:               ¿Por qué no?  
Antes me holgaré me veas  
en el traje de galán  
cantar amantes finezas;  
que ya di entre mis iguales  
de aquesta habilidad muestra,  
y no muy mal parecida.

SERAFINA:       Pues porque mejor lo seas,

yo me encargo de tus galas.

LAURA: (¿Otro favor?)

CLORI: (Ten paciencia.)

SERAFINA: (A un envidioso no hay castigo como que tenga más que envidiar.)

*Vanse LAURA y CLORI*

CÉSAR: Otra vez

te beso la mano.

SERAFINA: Piensa que no debo a mi fortuna otra dicha, si no es ésta de haberte aquí derrotado la tuya; pues de manera me obligas que, como dije, no hay cosa que me divierta ni alivie, si no eres tú. Y así te ruego no tengas pesar; que tú de tu padre, o él de ti, saber es fuerza, y en ninguna parte pueden hallarte sus diligencias mejor que conmigo.

CÉSAR: Es cierto.

Y si antes dijo mi lengua también que violenta estaba, es, con propiedad tan nueva, que no estuviera, señora, si en otra parte estuviera, menos violenta mi vida

que donde está más violenta.

SERAFINA: ¿Quieres saber a qué extremo

mi agrado contigo llega?

Pues sólo siente que Carlos

fuese quien a esta ribera

de aquel golfo te sacase.

CÉSAR: ¿Por qué?

SERAFINA: Porque no quisiera

que hiciera por mi elección

cosa que le agradeciera.

CÉSAR: Pues Carlos (entremos, celos,

en la experiencia primera),

que es quien más fino te sirve,

más amante te festeja,

¿no es quien más te obliga?

SERAFINA: No;

que, aunque debo a sus finezas

más que a las de todos, ¿quién

puso en razón las estrellas?

Carlos me cansa.

CÉSAR: ¿Quién duda

que la gala y gentileza

del príncipe de Orbitelo

será causa?

SERAFINA: Ten la lengua;

que a César, Celia, también

aborrezco.

CÉSAR: (¿Quién creyera

que a mí me sonara bien

oír que aborrece a César?

Pero vamos adelante;  
que no va mal la experiencia.)  
No me atrevo a discurrir  
en quién tu agrado merezca;  
pero atrévome a pensar  
--permítame esta licencia--  
que no es posible que deje  
alguno en la competencia  
de ser más bien visto que otro.

***Sonríese SERAFINA***

¿Falsa risa es la respuesta?

SERAFINA: No es haberte concedido  
la malicia.

CÉSAR: No es haberla  
negado tampoco.

SERAFINA: No;  
y si la verdad confiesa  
mi voz, pues contigo ya  
no es bien que secreto tenga,  
y más cuando tu malicia  
la costa hizo a mi vergüenza,  
sabrás que de agradecida,  
más que de fina ni atenta,  
no digo el que más me agrada,  
el que menos me molesta  
es Federico mi primo.

CÉSAR: Pues ¿qué ves en él que pueda  
obligarte, si no hay  
ninguno a quien menos debas?  
Litigar antes tu estado

y ahora amarte es consecuencia  
que a él le pretende y no a ti.

SERAFINA: Aunque con razón pudiera  
ofenderme dél, hay otra  
que me obliga a olvidar ésa.

CÉSAR: ¿Qué razón?

SERAFINA: Aunque no claro  
me lo haya dicho su lengua,  
sus equívocas razones,  
con las lágrimas envueltas,  
me han dado a entender que es él  
el que de aquella violencia  
del incendio me sacó,  
cuya presunción me lleva  
tras el agradecimiento  
de mi vida tan atenta  
que no sé cómo te diga,  
o sea obligación o sea  
simpatía de la sangre  
o elección del gusto o fuerza  
del hado o qué sé yo qué,  
que él solo las extrañezas  
de mi altiva condición  
ha podido... mas él llega;  
y por si acaso escuchó  
algo, hagamos la deshecha;  
toma el instrumento y canta.

CÉSAR: (Está mi vida muy buena,  
sabiendo que Federico  
es quien su agrado merezca,

ahora para cantar.)

SERAFINA: ¿No vas?

CÉSAR: (¡Mal haya el que llega  
a buscar sus celos, cosa  
que se siente si se encuentra!)

SERAFINA: Canta, por mi vida, un tono.

CÉSAR: Pues obedecer es fuerza,  
cantaré, como el cautivo,  
con el son de la cadena.

***Toma CÉSAR el instrumento. Salen FEDERICO, escuchando lo que se canta, y  
PATACÓN. Canta***

CÉSAR: "Ven, muerte, tan escondida  
que no te sienta venir,  
porque el placer del morir  
no me vuelva a dar la vida."

FEDERICO: Sin duda, por mí, oh hermosa  
deidad desta verde esfera,  
el concepto se escribió,  
pues yo...

SERAFINA: Suspended la lengua,  
Federico (inclinación  
o lástima o sangre o deuda,  
por más que tú te declares,  
haré yo que él no te entienda);  
que no sé qué urbanidad  
impedir a nadie sea  
el gusto con que a otro escucha.

FEDERICO: Quizá es pensión de su estrella

quien a otro escucha con gusto  
que a mí me escuche con pena.

SERAFINA: Pues porque no sea pensión,  
Celia, canta.

FEDERICO: Cante Celia;  
pues para que lllore yo  
¿qué importa que cante ella?

CÉSAR: *Canta*  
"Ven, muerte, tan escondida  
[que no te sienta venir,  
porque el placer del morir  
no me vuelva a dar la vida.]"

FEDERICO: Sin duda esta letra, o bella  
Serafina, por mi suerte  
se escribió, puesto que en ella  
se ve escondida una muerte  
y declarada una estrella.  
Si una ha de ser mi homicida,  
mátame la declarada.  
Y así, a quitarme la vida,  
puesto que el morir me agrada...

CÉSAR Y FEDERICO: "...ven, muerte, tan escondida."

FEDERICO: Y, porque si muerto quedo,  
será mi muerte favor,  
ven; mas pisando tan quedo  
que los pasos del valor  
parezca que los da el miedo.  
Ven; que, habiendo de morir,

yo te saldré a recibir.

Mas ¡ay de mí! que querrás,  
para que yo sienta más...

CÉSAR Y FEDERICO: "...que no te sienta venir."

FEDERICO: El pesar no ha de quitar  
el placer de merecer,  
mas ¡cuál debo yo de estar  
el día que es mi placer  
no morir de tu pesar!  
Y al que me llegue a pedir  
razón le sabré decir  
que en mi dueño singular  
del vivir se hizo pesar...

CÉSAR Y FEDERICO: "...porque el placer del morir."

FEDERICO: Y tú, si otro te pidiere  
razón de por qué un desdén  
más agravia a quien más quiere,  
le podrás decir también  
otra que aquélla prefiere,  
diciendo, si es escondida  
llama amor, bien mi tristeza  
huye dél, porque ofendida  
de otro incendio otra fineza...

CÉSAR Y FEDERICO: "...no me vuelva a dar la vida."

SERAFINA: Aguarda, Celia; que ya  
que a un tiempo en mis dos orejas,  
aquí música, allí llanto  
o suenan mal o no suenan,

quiero ajustar una duda.

*Salen LISARDA y NISE al paño*

NISE: Federico y la princesa

están aquí.

LISARDA: Pues aguarda,

que destas murtas cubiertas

oiremos.

NISE: ¡Que ha de haber murtas,

ya que aquí no hubiese puertas!

SERAFINA: Muchas veces, Federico,

en equívocas respuestas

me habéis querido decir

no sé qué, y no soy tan necia

que, ya que no entiendo el todo,

alguna parte no entienda.

La primera vez dijisteis

que veníais en defensa

de un agravio que me hacían

en que nadie me merezca;

pues me mereció quien fue

dueño de mi vida. Esta

proposición repetida

y no explicada, me lleva

curiosamente a saber

qué queréis decir en ella.

Habladme claro.

FEDERICO: Sí haré.

SERAFINA: Pues proseguid.

FEDERICO: Oye atenta;

que, aunque mi silencio quiso  
[recatarte la fineza],  
añadiéndola el callarla  
al realce de hacerla,  
con todo, viendo cuán poco  
mi fe contigo merezca,  
desnudo de tu favor,  
que della me vista es fuerza.  
Antes, Serafina hermosa,  
que yo a tu corte viniera  
--declarado amante iba  
a decir, pero la lengua,  
más cortés que yo, turbada,  
con tan grande voz no acierta;  
permite que mi osadía  
se vaya por mi modestia--.  
Vine a tu corte, llamado  
del aplauso de las fiestas  
que Carlos en nombre tuyo  
mantenía. Vite en ellas  
la noche que la fortuna,  
mala autora de comedias,  
empezándola en festín,  
vino a acabarla en tragedia.  
A tus umbrales estaba,  
desvelada centinela  
del sueño de tus amantes,  
cuando la llama violenta  
en pirámides de humo  
iba buscando su esfera;

y arrojándome al peligro,  
si hay peligro que lo sea  
a vista de tanto premio  
como tu vida...

***Salen LISARDA y NISE***

LISARDA: La lengua

ten, falso, alevé, tirano.

FEDERICO: (¿De dónde salió esta fiera  
a matar segunda vez?)

LISARDA: Y tú, perdóname, bella  
Serafina, que interrumpa  
lo que Federico cuenta;  
que si he callado hasta aquí,  
ya desde aquí hablar es fuerza,  
porque tú no hagas empeño  
de su traición.

FEDERICO: (Ella intenta,  
sin duda, decir quién es,  
porque a Serafina pierda.)

SERAFINA: Pues ¿qué novedad te obliga,  
César, a tal acción?

LISARDA: Ésta. --  
¿Para esto, traidor amigo,  
agradecido a la deuda  
del socorro del caballo,  
te di de mis dichas cuenta?  
¿Para esto te hice dueño  
de alma y vida, siendo en ella...

FEDERICO: (Ya es aquesto declararse.)

LISARDA: el secreto de que intentas

valerte para matarme  
aquí con mis armas mismas?

FEDERICO: (¿Adónde irá a parar esto?)

LISARDA: Pues no ha de ser. Y pues ciega  
la fortuna me ha traído  
a esta ocasión, porque veas  
quién fue quien te dio la vida,  
y que todo lo que él cuenta  
fue por contárselo yo,  
yo fui, Serafina bella,  
el que estaba a tus umbrales,  
yo el que a la llama soberbia  
se arrojó, y el que en mis brazos  
pude restaurarte della,  
por señas que, a medio traje,  
ni bien viva ni bien muerta,  
estabas en una cuadra,  
donde el desmayo a su puerta  
rémora fue de la fuga.  
Si no bastan estas señas  
para que veas quién es  
quien te obliga o quien te fuerza,  
di que te dé Federico  
otra joya como ésta.

***Dale la joya y vase***

FEDERICO: Oye, aguarda.

SERAFINA: Deteneos;  
no vais tras él; que, aunque quiera  
vuestro valor del desaire  
salvaros, ya es diligencia

excusada, pues ya está  
sabida la traición vuestra.

FEDERICO: Señora...

SERAFINA: Nada digáis.

¿Vos, Federico, bajeza  
tan grande como valeros  
de traidoras diligencias?  
¿Vos servirme con engaño?  
¿Vos amarme con cautela?  
¿A quien su secreto os fía  
vendéis? Pues ¿tan pocas prendas  
de sangre y valor tenéis  
que os valéis de las ajenas?

FEDERICO: ¡Vive el Cielo...!

SERAFINA: Bien está.

FEDERICO: ...que yo...

SERAFINA: Suspended la lengua.

FEDERICO: ...fui quien os dio...

SERAFINA: ¿Este testigo  
¿cómo es posible que mienta?

FEDERICO: Como...

SERAFINA: Nada os he de oír.

PATACÓN: Por Dios, que hizo buena hacienda.

### **A CÉSAR**

Deten, Celia, a tu señora.

FEDERICO: Haz tú, por tu vida, Celia,  
que me escuche una palabra.

CÉSAR: (A muy buen puerto te llegas,  
cuando puedo dar albricias  
de que la enfades y ofendas.)

**A CÉSAR**

SERAFINA: ¿Qué te dice, Celia?

**A SERAFINA**

CÉSAR: Dice  
que de hablar le des licencia,  
como si no fuera yo  
interesado en tu ofensa.  
Ni le hables ni le oigas.

SERAFINA: ¿Cómo puedo, si estoy muerta  
por ver si tiene disculpa?  
Haz tú como que me ruegas  
que le escuche.

CÉSAR: (Sólo esto  
la faltaba a mi paciencia.)

**A NISE**

PATACÓN: Dime, embustera menor  
de la mayor embustera,  
¿qué ha sido esto?

NISE: Sí diré.  
(¡Ah, quién esforzar pudiera  
el enredo de mi ama!)  
Mas dime, antes que lo sepas,  
¿traes daga?

PATACÓN: Sí. ¿Para qué?

NISE: Para que cortar quisiera  
la suela de un ponleví  
que dar paso no me deja.

**A CÉSAR**

SERAFINA: Cierto que estás importuna;  
yo oiré, pues tú lo deseas.

CÉSAR: (No lo desearas tú más.)

**A PATACÓN**

NISE: Daca.

PATACÓN: Yo cortaré; suelta.

***A FEDERICO***

SERAFINA: A Celia le agradeced,  
Federico, que a oíros vuelva.

FEDERICO: Ya sé que a Celia la vida  
debo.

CÉSAR: (¡Si bien lo supieras!)

SERAFINA: (¡Quiera amor tenga disculpa!)

CÉSAR: (¡Quiera amor que no la tenga!)

SERAFINA: ¿Qué tenéis, pues, que decirme?

FEDERICO: (Menos importa que sepa  
que yo he tenido una dama  
que no que piense su ofensa,  
y que sufro que lo diga  
quien ella misma no sea.)  
Yo, señora, antes de veros,  
porque después no pudiera,  
serví en Milán una dama.

NISE: ¡Cielos! ¿Hay quien me defienda?  
¡Que me matan!

PATACÓN: ¿Qué te toma,  
demonio?

NISE: Las plantas vuestras  
sean, señora, mi sagrado.

SERAFINA: ¿Hay tan grande desvergüenza?

PATACÓN: Señores, ¿qué enredo es éste?

SERAFINA: ¿Así entráis en mi presencia?

PATACÓN: Señora, ¡viven los cielos...!

FEDERICO: ¿Cómo es posible te atrevas,

pícaro, desvergonzado,  
a una cosa como ésta?

PATACÓN: Pues ¿a qué me atrevo yo  
más que a cortar una suela  
de un zapato?

NISE: Tú lo eres.

FEDERICO: ¡Vive el cielo...!

PATACÓN: Considera...

SERAFINA: Deteneos. (a Nise) Di, ¿qué causa  
le has dado tú?

NISE: Sólo ésta.  
El príncipe mi señor  
de Orbitelo...

SERAFINA: Di.

NISE: Don César  
tiene, señora, una joya  
que más que a su vida precia,  
porque la sacó de un fuego  
adonde su fe se acendra.  
Federico, que es de aquéste  
amo, anda muerto por ella,  
y me dice que, si la hurto,  
me dará toda su hacienda.

PATACÓN: ¿Yo he dicho tal?

FEDERICO: (¡Vive Dios,  
que Nise el engaño alienta!)

NISE: Hablándome en esto ahora  
y dándole por respuesta  
que yo no era ladrón, dijo:  
"Pues ya que ladrón no seas,

para que nunca decir  
lo que yo te he dicho puedas,  
te he de dar muerte." Y sacando  
la daga, con ira fiera  
quiso matarme. Y así  
nada que te diga creas,  
porque anda por levantar  
algún testimonio a César.  
Y ahora tenle, señora,  
para que tras mí no venga.

***Vase NISE***

SERAFINA: Agradeced que no os hago  
dar cuatro tratos de cuerda.

PATACÓN: Fueran muy bellacos tratos.

FEDERICO: (¡Que aquesto por mí suceda!)

SERAFINA: Mirad si vuestra traición  
a cada paso se aumenta,  
pues para cobrar la joya  
hacíades diligencias;  
porque no hubiese podido  
reconveniros con ella.

FEDERICO: En aquel engaño y éste  
veréis si escucháis mi pena,  
que en una disculpa caben.

SERAFINA: ¿En qué disculpa?

FEDERICO: Oídme atenta:  
Yo serví en Milán, señora,  
una dama, antes que viera  
vuestra gran beldad...

***Sale LAURA***

LAURA: Enrique

Esforca pide licencia  
para besarte la mano.

SERAFINA: Pues ¿cómo des a manera,  
sin pedirme, Laura, albricias,  
me das tan alegres nuevas  
para mí? Dile que entre,  
y que bien venido sea.

FEDERICO: (No sea sino mal venido.

¿Quién en el mundo creyera,  
sino echándose a pensar  
imaginadas novelas,  
que desde Alemania el padre  
de Lisarda al Po viniera  
a embarazarme el decir  
--¡ay infelice!--que es ella  
la que, en César disfrazada,  
celosa vengarse intenta  
de mí? Porque, si la digo  
quién es, Serafina es fuerza  
que de parte de su agravio  
se ponga, y vengarle quiera,  
como a quien debe el estado,  
que ha litigado en su ausencia  
tan contra mí).

SERAFINA: En tanto, pues,  
que Enrique a mis ojos llega,  
proseguid vos. A una dama  
servisteis. ¿Qué consecuencia  
tiene eso con esta joya?

FEDERICO: Ninguna; que, aunque quisiera,  
no puedo decir lo que iba  
a decir. Mas considera  
que quien adora no engaña,  
que no ofende quien desea,  
que no agravia quien estima,  
y que no injuria quien precia.  
En un instante me han puesto,  
o mi fortuna o mi estrella,  
un cordel a la garganta,  
una mordaza en la lengua  
para no poder hablar;  
Y pues que callar es fuerza  
y acudir volando a que  
ella esta venida sepa,  
te suplico me perdones  
el no darte más respuesta  
con decir que, aunque más pienses,  
hay más que pensar, que piensas.

*Vase FEDERICO. [SERAFINA habla] a PATACÓN*

SERAFINA: Esperad vos y decidme:

¿qué confusiones son éstas?

PATACÓN: No puedo, no puedo hablar,  
porque mi fortuna adversa  
o mi hado o mi qué sé yo  
me ha dado en esta hora mesma  
un tapaboca en el alma,  
en la boca un tente-lengua.  
Sólo te puedo decir,  
en metáfora de bestia,

que, aunque tú lo pienses más,  
hay más que pensar, que piensas.

***Vase PATACÓN***

CÉSAR: ¿Qué será esta confusión?

SERAFINA: No sé, si ya no es que sea  
ser Enrique su enemigo,  
y por no verle se ausenta.

CÉSAR: No es, sino que la mentira  
no le iba saliendo buena,  
que iba a decir...

SERAFINA: No será.

CÉSAR: Sí será.

SERAFINA: ¿Qué te va, Celia,  
a ti en malquistarme a mí  
primero con la fineza  
y después con la disculpa?

CÉSAR: Ofenderme que te ofenda.

***Sale ENRIQUE y arrodíllase***

ENRIQUE: Dame, señora, la mano,  
si es posible que merezca  
tan gran dicha.

SERAFINA: A ti los brazos  
con toda el alma te esperan  
agradecidos. Levanta,  
y tan bien venido seas  
como de mí recibido,  
donde agradecerte pueda  
las finezas que te debo.

ENRIQUE: En criado no hay finezas,  
porque nunca pudo ser

obligación lo que es deuda.

SERAFINA: Bien ajena desta dicha  
me hallas. ¿Qué venida es ésta?

ENRIQUE: Sobre ya cansados años,  
desengaños y experiencias,  
llamado de las memorias  
de Lisarda, mi hija bella,  
me vuelven a descansar,  
y el haber muerto en mi ausencia  
mi hermano, a quien le dejé,  
me da, señora, más prisa  
que pensé, porque me hallaba  
favorecido del César.

SERAFINA: Ahora te agradezco más  
la visita; que quien lleva  
tan digno cuidado es mucho  
que otra cosa le divierta.  
No quiero hacerte este cargo.

ENRIQUE: Señora, ni lo agradezcas;  
que, aunque viniera por ti,  
otra causa hay porque venga.  
Pasando a Milán, llegué  
a Miraflor, una aldea,  
donde mi prima Diana,  
que es de Orbitelo princesa,  
vive retirada.

SERAFINA: Ya  
lo sé; que yo he estado en ella,  
y también, yendo a Milán,  
no quise pasar sin verla.

ENRIQUE: Y halléla tan afligida,  
tan desconsolada y muerta...

CÉSAR: (Aquí entro yo.)

*Retírase*

ENRIQUE: ...por haber  
hecho de su casa ausencia,  
con un ayo que tenía,  
su hijo el príncipe César,  
que me puso su aflicción  
en cuidado de que venga  
a buscarle, por tener,  
si no noticias, sospechas  
de que a Ursino había venido  
a la fama de sus fiestas.  
Y así la di la palabra,  
antes que a mi casa fuera,  
de buscarle y asistirle  
hasta que conmigo...

SERAFINA: Espera;  
que a saber que había venido  
el príncipe sin licencia,  
ya lo supiera de mí  
mi señora la princesa.

ENRIQUE: Luego ¿aquí está?

SERAFINA: En este instante  
se aparta de aquí, por señas  
que me ha dado en esta caja  
la más conocida muestra  
de que fue quien me libró

de un incendio en que muriera,  
a no llegar él.

ENRIQUE:                    ¡Oh, cuánto  
estimo una y otra nueva,  
y que sea mi sobrino  
a quien la vida le debas!  
Y así, señora, permite  
que en verle no me detenga.  
¿Hacia dónde iba?

SERAFINA:                  No sé;  
mas él sin duda está cerca.

CÉSAR:            (Y tanto, que te espantaras,  
[¡ay de mí] si lo supieras.)

ENRIQUE:            Iré a buscarle.

SERAFINA:                  Mejor  
será que conmigo vengas;  
que yo haré que te le llamen.

ENRIQUE:            Convengo en la diligencia,  
por ser preciso que yo,  
aunque le encuentre y le vea,  
no le conoceré, porque  
le dejé en edad muy tierna.

SERAFINA:            Ven conmigo; que él vendrá  
a verte. -- Y tú, Laura, ordena  
a Lidoro que ese cuarto,  
que tiene al parque otra puerta  
que a aquestos jardines pasa,  
a Enrique se le prevenga.

ENRIQUE:            Tus plantas beso.

SERAFINA:                  (Fortuna,

deja de afligirme, y deja  
de pensar en quién será  
cuál me obligue y cuál me ofenda.)

***Vanse todos y queda solo CÉSAR***

CÉSAR: Si algún ingenio quisiere  
escribir una novela,  
¿podrá inventarla fingida  
mayor que en mí se halla cierta?  
Dejo aparte que la fuga  
de mi casa me pusiera  
en ocasión deste traje;  
y dejo que en la deshecha  
fortuna airada del Po,  
dejando a Teodoro en tierra,  
me diese el favor de Carlos  
felice puerto a las mismas  
plantas de la que buscaba;  
dejo que me favorezca,  
obligándome a que haga  
de la infamia conveniencia,  
de que otro con mi nombre  
y mi estado la pretenda;  
y voy a qué fin tendrá  
una plática tan nueva,  
que apenas halla ejemplar;  
y si le halla, será apenas.  
Mi tío es fuerza que encuentre  
con este fingido César;  
y cuando él no le conozca,  
por el consiguiente es fuerza,

a la fama de que ya  
le halló, de mi patria vengan  
vasallos que a él desconozcan  
y a mí me conozcan. ¡Ea,  
ingenio! ¿Qué hemos de hacer,  
para que esto no suceda,  
hasta hallar un medio airoso  
yo, en que declararme pueda?  
Sólo uno se me ofrece.  
Este joven, cosa es cierta,  
que, en viendo que en sus alcances  
andan, parecer no quiera;  
que claro está que no espere  
ver su traición descubierta:  
luego avisárselo importa;  
pues, no pareciendo él, queda  
mi secreto resguardado.  
¡Quién adónde está supiera,  
antes que con él mi tío  
diese, para que en su ausencia  
yo procure declararme  
con Serafina, y que sepa  
quién soy! Mas ¡ay infelice!  
Que si ella ofendida trueca  
los favores en venganzas,  
es preciso que la pierda.  
Pero ¿ha de faltar alguna  
amorosa estratagema  
para decirle quién soy,  
con tal industria que pueda

no pesarme de lo dicho?

Mas la industria ha de ser ésta:

¿de la comedia el papel

no es de galán?

*Salen por un lado LISARDA y por otro CARLOS*

CARLOS:                    ¡Celia!

LISARDA:                    ¡Celia!

CÉSAR:            (Aquí se queda la industria  
remitida a la experiencia.)

¿Qué es, Carlos, lo que mandáis?

César, ¿qué es lo que queréis?

CARLOS:            Que un instante me escuchéis.

LISARDA:            Que una palabra me oigáis.

CÉSAR:            A vos iré, porque a vos,  
César, primero que oíros  
tengo también que deciros.

CARLOS:            Pues, siendo así que los dos  
tenéis secretos, yo quiero,  
pues lo que yo he de decir  
ambos lo podéis oír,  
tomar la mano primero.

Celia, aunque no es generoso  
pecho el que hace en la ocasión  
prenda de la obligación,  
ya sabéis que un amoroso  
afecto nunca ha vivido  
debajo de ley; y así,  
que yo me valga de ti,

en fe de haberte servido,  
cuando a tierra te saqué,  
ni es desdoro ni es bajeza.  
Por mí, pues, una fineza  
hoy has de hacer.

CÉSAR: Mal podré  
excusarme agradecida.  
¿Qué es la fineza?

CARLOS: Sabrás  
que en un rendido no hay más  
gusto, más alma, más vida  
que vivir imaginando  
en que pueda merecer;  
y así te suplico, al ver  
cuánto la agradas, que, cuando  
te mandare Serafina  
cantar alguna canción,  
sea ésta que a mi pasión  
le dictó la peregrina  
fe con que siempre la he amado;  
y que, diciendo que es mía,  
lo dulce de tu armonía  
la encarezca mi cuidado;  
porque, oyéndola de ti,  
la oiré menos fiero y brava.

CÉSAR: (¡Esto sólo me faltaba!  
Mas para echarle de mí,  
lo aceptaré.) Corto es  
deste servicio el empleo  
para lo que yo deseo

hacer por ti.

CARLOS: Toma, pues;  
que no es nueva confianza  
dar mi esperanza a tu voz;  
pues si ella es viento veloz,  
al viento doy mi esperanza.

***Dale un papel y vase***

LISARDA: Aunque yo venía (¡ay de mí!)  
a saber, Celia divina,  
lo que dijo Serafina  
de la joya que la di,  
que tienes habiendo oído  
que hablar conmigo, no es  
ya ésa mi pretensión.

CÉSAR: Pues  
sabrás que yo la he tenido  
contigo, que es una nueva  
de que me has de dar albricias.

LISARDA: Ya sé que mi bien codicias.  
Y si el afecto te lleva  
a honrarme, di lo que ha habido.

CÉSAR: No dese género fue  
la nueva. Has de saber...

LISARDA: ¿Qué?

CÉSAR: Que de Orbitelo ha venido  
(no le diré el nombre, pues  
hablando confuso, infiero  
que es mejor) un caballero,  
tu tío pienso que es,  
de parte de la princesa.

A buscarte viene. Di,  
¿no es nueva de gusto?

LISARDA:                   ¿A mí  
a buscarme?

CÉSAR:                   (Ya le pesa.)

LISARDA:               ¿A mí?

CÉSAR:                   ¿No eres de Orbitelo?

LISARDA:               Claro es.

CÉSAR:                   Pues a ti te busca.  
¿Qué te suspende ni ofusca?

LISARDA:               ¿A qué fin (válgame el cielo)  
me ha de buscar?

CÉSAR:                   ¿Qué sé yo?

Pero el haberte venido,  
sin que lo hubiese sabido  
tu madre, la causa dió,  
sin duda, para buscarte.

LISARDA:               (¿Quién creyera que tomara  
el nombre de quien faltara  
de allá, porque en esta parte,  
tras el nombre y no tras él  
viniese a llamarme a mí?)

CÉSAR:                   De qué te asustas me di.

LISARDA:               De que es fortuna cruel.  
(¿Qué he de hacer, que estoy cogida  
en la mentira?)

CÉSAR:                   Turbado  
estás, César.

LISARDA:               Hame dado,  
Celia, enfado su venida;

y por sólo castigar  
la diligencia de haber  
venido, me he de esconder,  
y ninguno me ha de hallar.

CÉSAR: Harás muy bien; que ya eres  
muy grande para que así  
se anden tus deudos tras ti.

LISARDA: Y si tú ayudarme quieres,  
di que tú me lo dijiste,  
y que, enfadado de ver  
su curiosidad, poner  
en un caballo me viste,  
y salir del sitio huyendo.

CÉSAR: Digo que yo lo haré así  
(porque me está bien a mí,  
y es sólo lo que pretendo).

LISARDA: Pues, Celia, si tú me ayudas,  
imagina que eres dueño  
de Orbitelo. Deste empeño  
me has de sacar.

CÉSAR: ¿Qué lo dudas?  
¿Qué haré yo en servirte en [esto]?  
Y más, que a mí me está bien.

LISARDA: ¿Por qué a ti?

CÉSAR: Porque eres quien  
en obligación me has puesto  
bien grande hoy.

LISARDA: Yo te suplico  
me digas la obligación,  
para estimarte esa acción.

CÉSAR: Desairar a Federico  
con Serafina.

LISARDA: Pues ¿qué  
pudo eso importarte a ti?

CÉSAR: Algo me importa.

LISARDA: ¡Ay de mí!  
¿Le amas acaso?

CÉSAR: No sé.  
Mas basta decirte aquí  
que, en mi fortuna cruel,  
el descomponerle a él  
es darme la vida a mí.

*Vase*

LISARDA: ¿Qué escucho? ¡Valedme, cielos!  
Que en mi ciega confusión  
se verifican que son  
hidras cortadas los celos;  
pues donde unos mueren, vi  
nacer otros (¡oh hado infiel!).  
¿El descomponerle a él  
es darme la vida a mí?  
Aun esto más me acobarda  
que el buscar a César. ¡Cielos!  
¿No bastaban unos celos,  
sino otros celos?

*Sale FEDERICO recatándose*

FEDERICO: ¡Lisarda!

LISARDA: Pues ¿cómo me hablas, tirano,  
desa suerte?

FEDERICO: Aunque debiera

hablarte de otra manera,  
ya es otro tiempo, y en vano  
estilo a mudar me atrevo,  
cuando es fuerza hablar así,  
por lo que me debo a mí,  
no por lo que a ti te debo;  
que, aunque mi vida ofendida  
de tus acciones está,  
yo soy quien soy, y me da  
nuevo cuidado tu vida.  
Guardarla, ingrata, pretendo  
del peligro en que se halla.  
Aquí está tu padre.

LISARDA:                               Calla,  
calla, ingrato; que ahora entiendo  
que tú con Celia has tratado  
para ausentarme de ti.

FEDERICO:       ¿Yo con Celia?

LISARDA:                               Ingrato, sí;  
tú a Celia se lo has contado.

FEDERICO:       ¿Yo a Celia?

LISARDA:                               Sí. Pensarás,  
con que vienen a buscarme  
y que es mi padre, ausentarme  
del sitio. Pues no podrás  
conseguirlo; que he de estar,  
a tu pesar, compitiendo  
tu fineza, deshaciendo  
cuanto llegues a intentar  
con ella y con Serafina,

de que ya principio fue  
la joya, que no arrojé,  
y hoy la he entregado.

FEDERICO:                    Imagina  
   que no hablarte en eso yo  
y hablarte en esto es mostrar  
que un pesar de otro pesar  
se va apoderando.

LISARDA:                    No  
   te he de creer. Y pues veo  
que el decirme Celia aquí  
que a César buscan de ti  
nace, ni uno ni otro creo.  
   Y así tu necia porfía  
no piense darme cuidado,  
pues antes tú me has quitado  
alguno que yo tenía.

FEDERICO:                Mira...

LISARDA:                    No hay que mirar.

FEDERICO:                Advierte...

LISARDA:                    No hay que advertir.

FEDERICO:                Oye...

LISARDA:                    No tengo de oír.

FEDERICO:                Escucha...

LISARDA:                    No he de escuchar;  
   que ya sé que es todo engaño.  
¿Pensaste que me asustara,  
y que al punto me ausentara?  
Pues no ha de ser; que en tu daño  
he de estar (¡viven los cielos!)

impidiéndote el favor,  
y que has de morir de amor,  
pues que yo muero de celos.

*Vase*

FEDERICO: Mira, ingrata, que enmendar  
tu peligro, y no el mío, quiero.  
Oye, escucha.

*Sale ENRIQUE*

ENRIQUE: ¡Caballero!

FEDERICO: ¿Qué mandáis? (¡Fiero pesar!)

ENRIQUE: Que me digáis, os suplico,  
porque me han dicho que aquí  
César estaba...

FEDERICO: (¡Ay de mí!)

*Vuelve FEDERICO la espalda*

ENRIQUE: (¡Vive Dios, que es Federico!

Mas ¿qué he de hacer, si es él  
el que la espalda volvió?)

FEDERICO: (Si ya se lo han dicho, no  
es bien negarlo. ¡Crüel  
lance, si la ve.)

ENRIQUE: Los cielos  
os guarden.

FEDERICO: (Tras ella va.  
¿Cómo mi desdicha hará  
no la alcancen sus recelos?  
Porque preguntar por ella  
con el nombre que aquí tiene  
es, sin duda, porque viene  
de todo informado. ¡Oh estrella  
siempre opuesta! ¿Cómo haré

no llegue a verla?) ¡Ah, señor  
Enrique Esforca! (Valor,  
sólo te acuerda de que  
eres mío.)

ENRIQUE:                   ¿Qué mandáis?

FEDERICO:     (A riesgo de amor y vida  
es bien que su muerte impida.)  
Yo pienso que no ignoráis  
muchas quejas que de vos  
tengo, y en ellas quisiera  
que en secreta parte fuera,  
menos pública a los dos.  
Y así os suplico conmigo  
vengáis.

ENRIQUE:            Antes que buscar  
a César esto es. Guiar  
podéis vos, que ya os sigo.

FEDERICO:        Vuestra aquesa elección fue.

[ENRIQUE:]        Ved dónde queréis que vamos.

FEDERICO:        De aqueste jardín salgamos  
una vez, que yo diré  
allá dónde habemos de ir.

ENRIQUE:        Salgamos.

***Sale SERAFINA***

SERAFINA:        ¿Qué es esto?

FEDERICO:        Nada.

(¿Habrá suerte más airada?)

ENRIQUE:        Sí es, y de mí lo has de oír.  
Contigo, señora, estaba,  
ya lo sabes, esperando

que viniera César, cuando  
dijo una dama quedaba  
    en aqueste jardín. Yo,  
porque creí que pudiera  
ser que su enojo le hiciera  
ausentar sin verle, no  
    quise esperarle; y así  
con tu licencia a buscarle  
salí, y pensando aquí hallarle,  
hallé a Federico aquí.

    Es Federico mi amigo,  
y, habiéndole yo informado  
de mi venida y cuidado,  
él, cortesano conmigo,  
    sabiendo por dónde iría,  
ha querido no dejarme  
y, hasta verle, acompañarme.

SERAFINA:    No dudo que eso sería;  
    y pues no le habéis hallado,  
y ya es tarde, hasta después  
os retirad. Idos, pues,  
a vuestro cuarto.

ENRIQUE:            Postrado  
    os obedezco. (Porque  
no entienda nuestros extremos,  
voy.)

FEDERICO:          (Mañana nos veremos.)

ENRIQUE:          (¿Dónde?)

FEDERICO:          (Yo os lo avisaré.)

SERAFINA:          ¿Qué es lo que habláis los dos?

FEDERICO: Vuelvo a darle el parabién  
de su venida.

SERAFINA: Está bien.

*A ENRIQUE [y luego a FEDERICO]*

Idos vos, y quedaos vos;

*Vase ENRIQUE*

que he de apurar, por no verme  
obligada a declararme,  
si habéis venido a obligarme,  
Federico, o a ofenderme.

FEDERICO: Fácil respuesta ha tenido  
la duda. A serviros vine.

SERAFINA: Que lo contrario imagine  
es fuerza, pues sólo ha sido  
a darme enojos.

FEDERICO: ¿Yo?

SERAFINA: Sí;  
pues en el primer empeño  
quisisteis haceros dueño  
de la acción que a otro debí;  
y en este segundo...

FEDERICO: (¡Ay Dios!)

SERAFINA: mostráis (todo lo he entendido)  
que, por haberme servido  
Enrique, os ofende a vos;  
y así quisiera saber  
si es, llegándolo a apurar,  
esto ofender u obligar.

FEDERICO: Es obligar y ofender.

SERAFINA: ¿Obligar y ofender?

FEDERICO: Sí.

SERAFINA: ¿Ofensa y obligación  
no implican contradicción?

FEDERICO: En todos, pero no en mí.

SERAFINA: ¿Cómo? que medio no hallo.

FEDERICO: Como yo ofendo y obligo  
a un tiempo con lo que digo,  
y a un tiempo con lo que callo.

SERAFINA: Eso no entiendo.

FEDERICO: Yo sí.

SERAFINA: Declaraos más.

FEDERICO: No puedo.

SERAFINA: ¿Por qué?

FEDERICO: Porque tengo miedo.

SERAFINA: ¿De qué?

FEDERICO: De que contra mí  
os he de hallar, aunque esté  
de mi parte la razón.

SERAFINA: No haré tal; a vuestra acción,  
si la tiene, la daré.

FEDERICO: ¿De manera que, si aquí  
tuviese disculpa yo,  
no seréis contra mí?

SERAFINA: No.

FEDERICO: ¿Seréis en mi favor?

FEDERICO: Sí.

FEDERICO: ¿Y si es lo que habéis de oír  
contra Enrique?

SERAFINA: Aunque sea, hablad.

FEDERICO: Pues sabed... Mas esperad.

Que aun no lo puedo decir.

*Al irse a entrar FEDERICO, sale CÉSAR*

SERAFINA: Volved...

CÉSAR: ¿Qué es esto?

FEDERICO: No sé;

si ya no es (¡ay Celia bella!)

el fatal fin de mi estrella;

y pues al paso te hallé,

tras el pasado favor,

de parte mía la di

tenga entendido de mí

que soy enigma de amor.

*Vase ENRIQUE*

SERAFINA: (¿Quién, en [igual confusión],

habrá que discurrir pueda?)

CÉSAR: (Pues sola [¡ay infeliz!] queda,

yo llego a buena ocasión.

¡Ea, ingenio caprichoso,

haz que quede mi cuidado,

si se enoja, desdichado,

si no se enoja, dichoso!)

*Saca un papel y finge que le estudia*

"Aquel prodigio de Tebas

que lidiar supo y rendir..."

SERAFINA: ¿Qué es eso, Celia?

CÉSAR: Señora,

¿aquí estabas? Estudiar

mi papel.

SERAFINA: A mi pesar

no viene a mal tiempo ahora

    cualquiera divertimento

que me haga vengada dél.

Dime algo de tu papel.

CÉSAR:       Y aun todo decirlo intento.

SERAFINA:       Y ¿qué la fábula ha sido?

CÉSAR:       Hércules enamorado,

    que de Yole en el estrado

    estaba a la rueca asido.

SERAFINA:       ¿Tanto pudo amor?

CÉSAR:               Así

    lo dice el razonamiento

    que repasaba.

SERAFINA:       Oírle intento.

    Dile.

CÉSAR:       ¿Con el tono?

SERAFINA:       Sí.

*Canta [CÉSAR]*

CÉSAR:       "Aquel prodigio de Tebas

    que lidiar supo y rendir

    en el África al león

    y en Calidonia al espín,

    enamorado de Yole,

    hermosa deidad gentil,

    trocó la clava a la rueca

    y la piel al faldellín.

    En la mano y en el traje

    el uso, dos veces vil,

    enseñándole a llorar,

    le enseñaron a decir:

`No desdeñes verme,  
dulce dueño, así;  
que esto en mí no es bajeza,  
no, no, rendimiento sí.  
Aunque en traje de mujer  
me ves, bien sabe de mí  
el correspondido amor  
que rey en el orbe fui;  
e interesado en el tuyo,  
después que tus ojos vi,  
huyendo vine el mandar  
para lograr el servir.  
Y pues por sólo obligarte  
allá lloré y padecí,  
antes que el interesado  
amor me obligase a huir,  
no desdeñes ver[me],  
dulce dueño, así..."

SERAFINA:           Aguarda; que de manera  
                          tu voz me lleva tras sí  
                          que no sé si aquesto es  
                          aun más, Celia, ver que oír.

CÉSAR:            ¿Qué te parece?

SERAFINA:                    Tan bien  
                          que en toda mi vida vi  
                          tan bien explicado afecto.

CÉSAR:            Luego ¿proseguiré?

SERAFINA:                    Sí.

CÉSAR:        "Contra tu pecho y mi pecho  
tú al despreciar, yo al sentir,  
de plomo y oro sus flechas  
armó ese fiero adalid.  
Dígalo en ti el verte airada  
y el verme rendido a mí,  
equivocando en los dos,  
ya el llorar y ya el reír.  
Pero aunque los dos extremos  
en mí ejecute y en ti,  
mudando de odio y amor  
el noble afecto en el vil,  
no desdeñes verme,  
dulce dueño, así;  
que esto en mí no es bajeza,  
no, no, rendimiento sí."

SERAFINA:     De suerte lo significas  
que me das a presumir  
si es verdadero o fingido.

CÉSAR:        Y ¿qué llegas a inferir?

SERAFINA:     Que es fingido, claro está;  
que si llegara a inferir  
que no lo era...

CÉSAR:        No te enojés;  
que cuanto llegas a oír  
es de la fábula.

SERAFINA:                   Pues  
                                  si es de la fábula, di.

CÉSAR:            " Aunque he visto de tu rostro  
                          el encendido matiz,  
                          dejando mustio el clavel  
                          y ensangrentado el jazmín,  
                          no por eso me acobardo,  
                          viendo que no soy yo aquí  
                          quien ama a lograr amando,  
                          porque es su interés su fin.  
                          Todo mi bien es quererte  
                          y, pues es bien, siendo así,  
                          que el correspondido amor  
                          haga mi vida feliz,  
                          no desdeñes verme,  
                          [dulce dueño, así...]"

SERAFINA:        Calla, calla, no prosigas;  
                          que ya no puedo sufrir  
                          de la duda si es aquesto  
                          representar o sentir.

***Sale al paño CARLOS***

CARLOS:            Veré si mi papel canta,  
                          pues la voz de Celia oí.

CÉSAR:            Claro es que es representar  
                          una fineza; y no aquí  
                          conmigo te enojas, puesto

que yo el papel no escribí;  
con quien escribió el papel  
te enoja.

CARLOS:                    ¡Ay de mí infeliz!

"Que aquesto es representar  
una fineza" entendí.

"Con quien escribió el papel  
te enoja" también oí.

SERAFINA:     Di, ¿quién escribió el papel?

CÉSAR:        (¿Que la tengo de decir?)

*Sale al paño FEDERICO, al otro lado*

FEDERICO:     Vuelvo a ver si habla ya Celia  
a Serafina de mí.

CÉSAR:        ¿Quién quieres que sea, señora,  
quien le llegase a escribir,  
sino quien más sabe amar  
y quien más sabe sentir?

CARLOS:       Bien disculpándome va  
sin nombrarme, y con sutil  
y bien fundada razón.

FEDERICO:     Hoy es mi suerte feliz.  
Sin duda de mí la habla,  
pues yo se lo dije así.

CÉSAR:        Y así, señora, no tienes  
que culpar ni que inquirir,  
porque yo te represente  
lo que otro pudo sentir.

FEDERICO:     (¡Oh, lo que la debo a Celia!)

CARLOS:       (¡Oh, lo que a Celia debí!)

CÉSAR:        Que todos dicen su amor

como le saben decir;  
y el representarle yo  
sólo ha sido repetir  
lo que otro dijo no más.

SERAFINA: Con todo debo insistir,  
por quién se debe entender.

CÉSAR: Si no hubieras de reñir,  
yo te dijera por quién.

SERAFINA: Pues no lo reñiré; di.

CÉSAR: ¿Qué no te enojarás?

SERAFINA: No.

CÉSAR: ¿Y que lo estimarás?

SERAFINA: Sí.

CÉSAR: (¡Ánimo, amor; que esta vez  
llegó de mi mal el fin!)  
Pues cuanto aquí represento  
y cuanto he dicho es...

***Salen CARLOS y FEDERICO***

LOS DOS: Por mí.

CÉSAR: Pues ya te lo han dicho ellos,  
¿qué tengo yo de decir?

CARLOS: Porque llegando a saber...

FEDERICO: Porque llegando a inferir...

CARLOS: que tú no te has de enojar...

FEDERICO: que tú no lo has de sentir...

CARLOS: yo fui el que escribió el papel.

FEDERICO: yo el que enigma de amor fui.

SERAFINA: Pues si Celia por los dos  
habló, como ambos decís,  
decid a Celia también

que ella responda por mí.

*Vase SERAFINA*

CÉSAR: (No haré tal, pues tan trocada  
la suerte entre los dos vi  
que, no hablando yo por ellos,  
ellos hablaron por mí.)

*Vase CÉSAR*

CARLOS: Pues por más que tu penar...  
FEDERICO: Pues por más que tu sentir...  
CARLOS: en tí ni otra no me oiga...  
FEDERICO: no oiga en otra, ni en tí...  
CARLOS: no he de dejar de querer...  
FEDERICO: no he de dejar de morir...  
CARLOS: y cuando me veas llorar...  
FEDERICO: y cuando me veas sentir...  
LOS DOS: no desdeñes verme,  
dulce dueño, así;  
que esto en mí no es flaqueza,  
no, no, rendimiento sí.

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

## JORNADA TERCERA

---

*Salen ENRIQUE y SERAFINA*

ENRIQUE: Ya que César, mi sobrino,  
según todos me han contado,  
de que le busqué enfadado,  
de aquí ausentarse previno,

no quiero hacerle pesar;  
que, con saber que está aquí,  
basta a mi intento; y así  
licencia me habéis de dar,  
    señora, para volverme,  
porque el amor de Lisarda,  
que ya avisada me aguarda,  
no me sufre detenerme  
    más largo plazo.

SERAFINA:                      Aunque [sea]

tan forzosa la ocasión  
que os lleva, mi obligación,  
que agasajaros desea,  
    os ruega que por dos días  
más o menos esperéis  
una fiesta, en que veréis  
celebrar las damas mías  
    mis años; pues, sólo a fin  
de hacérosla a vos mayor,  
licencia ha dado mi amor  
para que entren al festín,  
    respecto de que sentados  
no han de estar los caballeros  
y entren los aventureros  
de máscara disfrazados;  
    con cuya ocasión podría  
ser que el príncipe viniese  
de embozo, porque pudiese  
lograrse nuestra porfía.  
    Porque, si verdad os digo,

siento que no le llevéis  
con vos y que le dejéis  
entre uno y otro enemigo,  
ya que han dispuesto los cielos  
que haya de ser mi favor  
aquí academia de amor  
y allá campaña de celos.

ENRIQUE: Si él, receloso que yo  
le he de llevar, se ha escondido,  
debe de hallarse corrido,  
y esto es sin duda, que no  
venga al festín, en sabiendo  
que yo en él he de asistir.

SERAFINA: Pues procuremos fingir  
algún modo, previniendo  
que él venga, y que vos no os vais  
sin ver la fiesta.

ENRIQUE: Ese intento,  
con fingir yo que me ausento,  
fácilmente le lográis.

SERAFINA: Decís bien; y así encerrado  
en vuestro cuarto podéis  
quedaros; y con que estéis  
en la fiesta retirado,  
se consigue el un efeto,  
a ventura que también  
se consiga el otro.

ENRIQUE: Bien  
me parece, aunque os prometo  
que cada instante que no

veo a Lisarda es para mí  
un siglo.

SERAFINA: Yo lo creo así.

Y pues a tiempo llegó  
Federico, la deshecha  
empezad a hacer.

ENRIQUE: Sí haré,  
aunque al mirarle no sé  
cómo sanear la sospecha  
de haberme desafiado,  
y no haber con él reñido.

***Sale FEDERICO***

FEDERICO: (¡A qué mal tiempo he venido,  
pues con Enrique he encontrado!  
Que, aunque le dije que yo  
otro día le vería,  
como la pretensión mía  
no era de reñir, si no  
de salvar a aquella fiera,  
no volví al duelo hasta ahora.)

SERAFINA: En fin, ¿os vais?

ENRIQUE: Sí, señora.

SERAFINA: Id con Dios; que, aunque quisiera  
deteneros, no es razón.

ENRIQUE: Otra vez beso tus pies.

FEDERICO: (¿Esto despedirse no es?  
Logróse mi pretensión;  
que no habiendo parecido  
Lisarda, Enrique se va;  
y ella ¿quién duda que habrá

delante a su casa ido,  
siendo informada de que  
era él el que estaba aquí,  
puesto que más no la vi  
desde que se lo avisé?)

SERAFINA: No me dejéis de escribir,  
pues os merece mi celo  
la atención.

ENRIQUE: Guárdeos el cielo.  
(Supuesto que esto es fingir  
que me voy, y no me voy,  
yo pensaré retirado,  
ya que no me haya llamado,  
la obligación en que estoy.)

*Vase ENRIQUE*

SERAFINA: Mucho, Federico, estimo  
que en esta ocasión vengáis.

FEDERICO: ¿En qué os sirvo?

SERAFINA: En que sepáis...  
(¡Mal mis afectos reprimo!)

FEDERICO: (¡Mal a escucharla me animo!)

SERAFINA: (¡Ciega estoy!)

FEDERICO: (¡Estoy perdido!)

SERAFINA: ...que, no habiendo parecido  
César, Enrique se va  
y que en cualquier parte está  
de mi amparo defendido;  
y pues cesa con su ausencia  
el ver al competidor,  
cese también el rencor

de la pasada pendencia.

FEDERICO: Cuando nuestra competencia  
sobre mi opinión cargara,  
aun siendo quien soy, dejara  
desairada mi opinión,  
porque no hubiera razón,  
señora, que os disgustara  
el que más rendido visteis  
siempre a vuestro gusto fiel.

SERAFINA: Y si no, dígalo aquel  
secreto que me dijisteis,  
cuando disculpar quisisteis  
una y otra grosería.

FEDERICO: Si pudiera la voz mía,  
ya lo dijera, señora.

SERAFINA: Que no pudisteis no ignora  
mi atención; que no sería  
razón engañarme a mí;  
y, no pudiendo a la culpa  
hacer verdad la disculpa,  
fue bien callarla.

FEDERICO: ¡Ay de mí!,  
que, aunque todo eso [fue] así,  
a vista de tu crueldad  
no fue con mi voluntad.

SERAFINA: Mucho, pues, de verme admira  
tan valida la mentira.

FEDERICO: Es huérfana la verdad.

SERAFINA: Bien puede ser que lo sea;  
pero ya no he de creer

que la hay, sin dejarse ver.

FEDERICO: Bien fácil es que se vea,  
que se examine y se crea,  
con sola una condición.

SERAFINA: ¿Qué es?

FEDERICO: Salvar tu indignación.

SERAFINA: ¿La indignación mía?

FEDERICO: Sí.

SERAFINA: ¿Es contra mí?

FEDERICO: No es aquí  
sino contra mi atención.

SERAFINA: Pues ¿cómo de mí huye, cuando  
contra ti es? Que no lo entiendo.  
(Mucho me voy descubriendo.)

FEDERICO: Como te ofendí callando,  
y a mí me ofendiera hablando.

SERAFINA: Pues yo quiero que te ofenda,  
a precio de que se entienda.

FEDERICO: ¿Cómo quieres que lo diga  
cuando tu precepto obliga  
que a Enrique servir pretenda?

SERAFINA: ¿A Enrique?

FEDERICO: Sí.

SERAFINA: Ya prevengo,  
introduciendo una dama  
antes, y ahora su fama,  
la disculpa.

FEDERICO: Si a ver vengo  
que libre ese paso tengo,  
no me queda que temer.

SERAFINA: A mí sí. Y así, hasta ver  
si es verdad, oiré.

FEDERICO: Escuchad.

SERAFINA: Decid. Pero no, callad;  
que no lo quiero saber.

***Vase SERAFINA***

FEDERICO: ¡Ay, infelice! ¡Qué presto  
se vengó! Mas ¿qué me espanta  
si es mujer, y se le vino  
a las manos la venganza?  
Huyó el rostro a la disculpa  
para que nunca llegara  
a saber que ama y no ofende  
quien piensa [que ofende y no ama].  
¿Quién en el mundo habrá visto  
dos acciones tan contrarias  
como enojar con finezas  
y ofender con esperanzas?  
¿Qué será (válgame el cielo)  
que Enrique sin ver se vaya  
a César, si a verle vino?  
Y si sabe que es Lisarda,  
¿cómo se vuelve sin verla?  
Si no lo supo, ¿a qué causa  
busca a César, si no es César?  
¡El cielo otra vez me valga!  
Que no acabo de entenderme,  
por más que me entiendo.

***Sale PATACÓN***  
PATACÓN: ¿En qué andas,

que no te hallo en todo el día?

FEDERICO:     ¿Por qué de no hallar te espantas  
a quien está tan perdido  
que aun él mismo no se halla?

PATACÓN:     ¿Qué tenemos? ¿Anda acaso  
otro enredo de Lisarda  
u otro embeleco de Nise  
por aquí?

FEDERICO:             No sé qué anda.  
Mas dime, ¿has sabido della?

PATACÓN:     Desde la historia pasada  
de la joya y de la suela  
no han parecido más ambas.

FEDERICO:     Sin duda que, aunque al decirla  
yo que aquí su padre estaba,  
desprecio hizo del aviso;  
después, mejor informada,  
se ausentó; y si es que se fue  
para esperarle en su casa,  
habrá hecho lo mejor.

PATACÓN:     Hallo una gran repugnancia  
para que ella eso eligiese.

FEDERICO:     Y ¿qué es?

PATACÓN:             Que corduras haga  
quien siempre locuras hizo.

FEDERICO:     La necesidad es sabia,  
y mudaría de acuerdo.

PATACÓN:     Ríete desas mudanzas,  
porque el serlo con amor  
tiene tales circunstancias

que el que una vez pierde el juicio  
no se halla, si le halla.

Pero dejando esto aparte,  
¿no me dirás lo que pasa  
con Serafina?

FEDERICO:               Es mi amor  
cifra que no se declara,  
letra que no se descifra  
y enigma que no se alcanza;  
de suerte que mi discurso,  
entre confusiones varias,  
si tal vez calla, es ofensa,  
y ofensa, si tal vez habla.  
Ni la entiendo ni me entiende.

PATACÓN:       Con poca razón te espantas;  
que amor palaciego es  
escaparate del alma,  
donde se ven por defuera  
juguetes de porcelana,  
trastos de imaginación,  
melindres de filigrana,  
retruécanos de cristal  
y tiquis-miquis de ámbar  
que, aunque se ven, no se tocan.

FEDERICO:       Deja locuras cansadas,  
y dime lo que hay de nuevo.

PATACÓN:       La comedia de las damas  
es lo más nuevo que hay.  
Por esos jardines andan;  
que como esta noche es,

todo es tratar de las galas,  
los aparatos, las joyas  
y trajes que todas sacan.  
A Celia, que hace el galán,  
diz que ha dado dos alhajas  
Serafina que, mejor  
que ella, de misterio cantan.  
Y como aqueste alborozo  
se ha seguido de hacer gracia  
la princesa de que puedan  
entrar dentro de la sala  
las máscaras que quisieren,  
están ya calles y plazas,  
tomándolo desde luego,  
llenas de invenciones varias.

FEDERICO: Eso mira a no querer  
verse en la fiesta obligada  
a dar a nadie lugar.

PATACÓN: Y ¿a qué mira que en la estancia  
donde ha de ser la comedia  
un apartado se haga?

FEDERICO: A que algún ministro anciano,  
a título de sus canas,  
pueda estar sentado.

PATACÓN: ¡Cuántos,  
sin ser ministros, tomaran  
unas canas a estas horas!

FEDERICO: ¿Por qué?

PATACÓN: Porque se excusaran  
del de detrás que repuja,

del del lado que le aja,  
del del otro que le aprieta,  
del de delante que parla,  
redimiendo de camino  
la liga que ya le mata,  
el callo que ya le duele.  
Y lo peor destas andanzas  
es que su incomodidad  
es la fiesta quien la paga,  
diciendo que es larga; pues,  
hombre en pie, ¿no ha de ser larga,  
si a cuenta de fiesta pones  
desde salir de tu casa,  
tres horas que aquí la esperas,  
sin dos por romper la guarda?

FEDERICO:        ¡Oh, quién tuviera tu humor!

***Sale a la puerta TEODORO de máscara***

TEODORO:        ¡Señor Federico!

FEDERICO:        Aguarda.

                  ¿Me nombraron?

PATACÓN:        Hacia allí

                  un máscara es quien te llama.

FEDERICO:        ¿Qué es lo que mandáis?

TEODORO:        Aparte

                  me escuchad una palabra.

***Descúbrese***

                  ¿Conoceisme?

FEDERICO:        Sí; que nunca

                  fue mi voluntad ingrata

                  a quien debe lo que a vos,

Teodoro, y con vida y alma  
os conozco y reconozco  
deudor de finezas tantas.

TEODORO: Pues buena ocasión se ofrece  
ahora para pagarlas.

FEDERICO: ¿En qué?

TEODORO: Ya sabéis que yo  
desterrado de mi patria  
por vos salí.

FEDERICO: Y sé también  
que de Orbitelo en la casa,  
opuesto a vuestra fortuna...

TEODORO: Pues sabed...

FEDERICO: ¿Qué?

TEODORO: Que yo, a causa  
de enmendarla, si es que puede  
un desdichado enmendarla,  
saqué a César, con intento  
(no digo ahora la traza  
ni el traje en que le saqué)  
que en el concurso se hallara  
de amantes de Serafina,  
por si por dicha lograra  
él su amor, yo su perdón.  
Mas, corriendo una borrasca,  
yo tomé tierra y él no.  
Llorando, pues, su desgracia,  
juzgándole ya por muerto,  
oí a un hombre que pasaba  
por donde yo me alargué,

entre otras mil nuevas varias,  
que el príncipe de Orbitelo  
en este sitio quedaba;  
y, juzgando que podía  
ser que del golfo escapara,  
a saber si es cierto vengo,  
solamente en confianza  
desta máscara y de vuestro  
favor; y así a vuestras plantas  
os suplico, pues no puedo  
descubrir a otro la cara,  
me hagáis merced de decirme  
si esta nueva es cierta o falsa.

FEDERICO: Mucho me pesa, Teodoro,  
de que de deciros haya  
que es falsa; porque el que aquí  
hoy con el nombre se halla  
de César, yo sé muy bien  
que no lo es, antes me saca  
de una duda que tenía  
ver que su muerte fue causa  
de que otro tomase el nombre  
por quien a buscarle andan.

TEODORO: ¡Ay infelice de mí!

FEDERICO: No así os aflija su falta;  
que ya que a César no halléis,  
me halláis a mí; que palabra  
os doy de favoreceros  
con Serafina, y que haga  
que os perdone, si librase

sólo en eso mi esperanza.

TEODORO:     ¡El cielo os guarde! Mas ¿cómo  
pueden no sentir mis ansias  
la muerte infeliz de un joven  
que crié y perdí? ¡Mal haya  
tan mal pensado consejo!

FEDERICO:    Venid conmigo a mi estancia,  
donde hablaremos mejor  
de nuestras fortunas varias,  
y cubríos, no os conozcan  
otras máscaras que pasan.

TEODORO:    Reparáis bien. ¡Ay fortuna,  
qué mal juzgué que te hallara,  
pues nunca es la buena nueva  
tan cierta como la mala!

***Vanse TEODORO y FEDERICO, quedando solo PATAcón. Sale FABIO con máscaras***

PATAcón:     ¿Qué máscara será ésta  
que, después que a solas hablan,  
mano a mano van los dos?

FABIO:        ¡Hidalgo!

PATAcón:     ¿Qué es lo que manda  
señor máscara, vusted?

FABIO:        Que me digáis... Pero nada  
quiero ya que me digáis.

***Hácele señas que se vaya***

PATAcón:     Estimo la confianza  
que hacéis de mí.

FABIO:        (¿Quién creyera  
que a Patacón encontrara  
el primero? Y así es bien,

porque no conozca el habla,  
no proseguir lo que iba  
a preguntar.)

***Hace señas***

PATACÓN:                   Pues ¿qué causa  
os obliga a enmudecer?  
¿Qué me decís? ¿Que me vaya?  
Pues ¿no hay voz con que decirlo?  
¿No? El hombre viene de chanza.  
El máscara de mi amo  
como un jilguerico garla;  
parlad vos como un pardillo.  
¿No hay hablar una palabra?  
¿Os he hecho algún beneficio,  
que así me quitas el habla?  
¿Que me vaya con Dios? ¿Sí?  
Pues quedaos en hora mala.

***Vase PATACÓN***

FABIO:                   Siempre temí que me habían  
los celos de una tirana  
de poner en ocasión  
que me obligase a una infamia.  
Dígalo el que habiendo hallado  
en la estafeta una carta  
con su nombre, supe della  
que su padre la avisaba  
que estaba aquí, y que muy presto  
la vería, a cuya causa  
me ha parecido avisarle  
de cómo de Milán falta,

porque vengue en Federico  
los celos con que me mata.  
Bien sé que es venganza indigna  
de mi sangre y de mi fama;  
pero ¿qué villanos celos  
tomaron justa venganza?  
A este fin quise saber  
el cuarto en que se hospedaba;  
y pues fue el primer encuentro  
azar, mejor es que vaya,  
pues la máscara me da  
paso a esperarle en la sala  
del festín, puesto que en ella  
no puede faltar.

***Vase FABIO. Salen LISARDA y NISE [de hombres pero con otros vestidos que antes] y  
con mascarillas***

NISE:                               ¿No basta  
que de uno en otro disfraz  
hoy de resucitar tratas  
la andante caballería,  
que ha mil siglos que descansa  
en el sepulcro del noble  
don Quijote de la Mancha?

LISARDA:           Si sabes que, habiendo Celia  
dicho que a César buscaban,  
y Federico, que era  
mi padre, en desconfianza  
entré de que verdad fuese,  
averiguando mis ansias  
nuevo amor y nuevos celos;

y con todo retirada  
he estado, por no perderme  
entre confusiones varias,  
si era mentira, de necia,  
si verdad, de temeraria;  
si sabes que en el retiro  
que hasta hoy nos tuvo encerradas  
he sabido que era él,  
y que ya del sitio falta,  
porque hoy le han visto partir,  
¿cómo neciamente extrañas  
el que vuelva a mis locuras,  
cuando no hay otra esperanza?

NISE:           Sí, pero ya que volver  
quieres, ¿por qué te disfrazas?  
Pues ¿cómo César podrás  
parecer?

LISARDA:           Porque embozada  
decir podré a Serafina  
cómo con celos la agravia;  
con que dos cosas consigo:  
quedar de Celia vengada  
y dejarla a ella celosa.

NISE:           Qué responder no faltara,  
si la música no hiciera  
ya a Serafina la salva.

LISARDA:           Pues mientras logro mi intento,  
a aqueste lado te aparta.

***Retíranse las dos. Salen CARLOS, SERAFINA, FEDERICO y LIDORO, y las damas,  
FABIO, TEODORO y PATACÓN***

CARLOS: Ya que de embozo, señora,  
no vengo, porque me basta  
a mí estar como criado,  
os suplico que la almohada  
toméis, y no me neguéis  
el lugar que más me ensalza.

FEDERICO: Lo que en Carlos es fineza  
en mí es deuda, pues es clara  
cosa que debo estar como  
escudero de tu casa.

NISE: (Los dos puestos han tomado  
Federico y Carlos.)

LISARDA: (Nada  
me sucede bien, pues no  
me será posible hablarla.)

FABIO: (No veo dónde está Enrique,  
para que le dé esta carta.)

*Está ENRIQUE sentado detrás de una cortina*  
ENRIQUE: (¿Si será César alguno  
destos que el rostro recatan?)

TEODORO: (Las alegrías de todos  
sólo para mí son ansias.)

PATACÓN: (Rabiando estoy por dar voces.)  
Empiecen o saquen hachas.

LIDORO: ¿Quién habla aquí?

PATACÓN: Un mosquetero.

LIDORO: ¿Cómo aquí con voces altas?

PATACÓN: Como, aunque el rey aquí calle,  
un mosquetero no calla.

MÚSICOS: "Los años floridos  
señalen de aquélla  
que reina en las vidas,  
que triunfa en las almas,  
el fuego con lenguas,  
el aire con plumas,  
el mar con arenas,  
la tierra con plantas;  
y viva felice  
contenta y ufana  
la hermosa deidad,  
la beldad soberana."

PATACÓN: Buena la música ha estado.  
¿En qué se detienen? ¡Salgan!

*Dentro*  
VOZ: Por más que corran veloces,  
divina Clori, tus plantas,  
tengo de seguirte.

*Cáesele un guante a SERAFINA*  
SERAFINA: Un guante  
se me ha caído.

PATACÓN: ¡Mas que anda  
ruido sobre el guante!

CARLOS: Yo...

FEDERICO: Yo he de levantarle.

LISARDA: Aguarda;  
que el que merece gozar

la joya, alzará la caja.

***Al ir a levantar FEDERICO el guante, le detiene LISARDA, y CARLOS le toma y le da a SERAFINA***

FEDERICO: Suelta, suelta; que ninguno  
merecerla ni gozarla  
merece más que yo.

LISARDA: ¡Mientes!

***Dale LISARDA una bofetada***  
(Arrebatóme la rabia.)

FEDERICO: ¡Ay infelice de mí!  
¡Muera [un] aleve!

***Saca FEDERICO la daga***  
LISARDA: Repara,  
Federico, que soy yo.

***Descúbrese a él***  
FEDERICO: ¿Quién se vio en confusión tanta?

SERAFINA: ¿Aquí tanto atrevimiento?

LIDORO: ¿Aquí osadía tan rara?

ENRIQUE: (A tal lance fuerza es  
que yo del retiro salga.)

***Sale ENRIQUE***  
PATACÓN: No prosiga la comedia  
mientras un alcalde traiga.

FEDERICO: (¿Quién ha visto igual empeño?  
Bajeza será matarla,  
pues dirán, después de muerta,  
que di la muerte a una dama.  
Si digo quién es, me pierdo,  
pues está Enrique en la sala;  
si no lo digo, es decir  
que yo consiento en mi infamia.)

TODOS: A todos tu honor les toca;

***A FEDERICO***

muera quien tu honor agravia.

FEDERICO:        Deteneos, deteneos,  
y nadie saque la espada  
en mi favor, cuando yo  
vuelvo el acero a la vaina.

ENRIQUE:        Mi enemigo es Federico,  
ya, ya le importa a mi fama  
que tenga honor mi enemigo.

LISARDA:        (¡Mi padre! ¡El cielo me valga!)

SERAFINA:        ¿Qué esperáis? ¡Dadle la muerte!

FEDERICO:        Suspended todos las armas,  
porque aquí no ha habido agravio;  
y si os parece que falta  
a su obligación mi honor,  
cuando al que me ofende ampara,  
sabed que es...

LISARDA:        (¡Ay de mí triste!  
¿Qué he de hacer, que se declara?)

FEDERICO:        ...porque nunca está mejor  
aquél que se desagravia  
con la venganza que toma,  
que dejando de tomarla;  
porque no hay venganza como  
no haber menester venganza;  
y para que nunca quede  
en opiniones mi fama,  
de que un embozado pudo  
poner la mano en mi cara,  
sin que le quitara yo

dos mil vidas, dos mil almas,  
sabed que es...

LISARDA: (¡Ay infelice!)

FEDERICO: Perdóneme, soberana  
Serafina, tu respeto;

***A LISARDA***

(Y cúbrete tú la cara,  
a la máscara añadiendo  
el embozo de mi capa.)  
que tiene esta blanca mano  
y, siendo, como es, tan blanca,  
agravio no ha sido, pues  
las manos blancas no agravian.

***Van FEDERICO y LISARDA***

SERAFINA: Cuando no agravie su honor,  
mi respeto sí. Matadla  
o prendedla.

ENRIQUE: Deteneos;  
que guardo yo sus espaldas.

SERAFINA: ¿Tú la amparas?

ENRIQUE: Sí, que el día  
que en algún riesgo se halla,  
no es generoso enemigo  
el que a su enemigo falta;  
y así, hasta ponerla en salvo,  
he de seguir sus pisadas.

FABIO: Y yo a tu lado. Y porque  
no dudes quién te acompaña,  
el dueño desta fineza  
dirá después esta carta.

***Dale FABIO a ENRIQUE una carta***

ENRIQUE: Después la veré.

SERAFINA: ¿Tú, Enrique,  
en su favor te adelantas?

ENRIQUE: Y a quien pensare, señora,  
con satisfacción tan clara,  
que hay desdoro en su opinión,  
le sustentaré en campaña  
que se engaña o miente, pues  
las manos blancas no agravian.

*Vase ENRIQUE*

PATACÓN: (¿Quién creerá que Enrique sea  
quien diera el paso a Lisarda?)

*Vase PATACÓN*

FABIO: (Ya que la carta le di,  
no sepa quién pudo darla.)

*Vase FABIO*

TEODORO: (No ser conocido en esta  
confusión es de importancia.)

*Vase TEODORO*

NISE: (Hago testigos de que,  
aunque un embozo la salva,  
no hubo manto en la comedia,  
sino mascarilla y capa.)

*Vase NISE*

SERAFINA: ¿Qué es esto? Pues viendo todos  
tan gran desaire en mi casa,  
todos me dejáis? ¿No tengo  
criados, gente ni guarda  
que este desaire castigue?

CARLOS: A todos nos acobarda  
ser contra una dama el duelo;  
y antes le debo dar gracias,

que un competidor me quite,  
pues no se queda esperanza  
de volver a verte amante.

*Vase CARLOS*

LIDORO: Yo procuraré alcanzarla;  
juntando gente, te ofrezco  
de traértela a tus plantas.

*Vase LIDORO*

SERAFINA: Yo estimaré la fineza.

*Sale CÉSAR de hombre*

CÉSAR: Pues si es que tú has de estimarla,  
yo la he de hacer; que no en vano  
me halló ceñida la espada  
el empeño; y aunque fuese  
adorno para la farsa,  
en más noble acción sabré  
en tu servicio emplearla.  
(No vi la hora en que me viese,  
ya que este lance embaraza  
[el] salir [en] la comedia,  
en este traje.)

SERAFINA: Repara  
en que ya no es digna acción  
el que aquí en tal traje salgas;  
que si la comedia dio  
licencia para esas galas,  
no es bien en público dellas  
gozar.

CÉSAR: Viéndote enojada,  
no me sufre el corazón  
de la manera que estaba

no salir.

SERAFINA:                   Vente conmigo.

CÉSAR:                   Deja, señora, que haga  
yo esta fineza.

SERAFINA:                   ¿Estás loca?  
Mas ¡ay de mí! ¿Qué me espanta  
que otra lo esté, cuando yo  
veo lo que por mí pasa?

CÉSAR:                   Pues ¿qué tienes?

SERAFINA:                   No sé, Celia;  
pero aunque mano tan blanca  
no puede agraviar su honor,  
agraviándome a mí el alma,  
miente quien dijere que  
las manos blancas no agravian.

*Vase SERAFINA*

CÉSAR:                   Ya que mi traje cobré,  
yo buscaré nueva traza  
para no perderle nunca,  
pues alienta mi esperanza  
que Federico la ofenda.  
Con que, la suerte trocada,  
pues que a mí me favorece  
con los celos que a ella causa,  
diré con más razón que  
las manos blancas no agravian.

*Vase. [Hablan dentro voces]*

VOCES:                   Por aquí, por aquí van.

*Salen LISARDA, FEDERICO y PATACÓN*

PATACÓN:                   Por aquí, por aquí vienen  
dirán mejor.

FEDERICO:                   ¿Dónde, ingrata,  
dónde, fiera, dónde, aleve,  
ya que restauré tu vida  
de aquel pasado accidente,  
en que tu honor y mi honor  
aventuraste dos veces,  
podrá la mía ampararte,  
no por lo que a ti te debe,  
por lo que se debe a sí,  
de tantas armas y gente  
como nos sigue, si ya  
que tomamos por albergue  
este parque, en él nos sitian,  
a tiempo que en el oriente  
el sol, para que nos hallen,  
tinieblas y sombras vence?

LISARDA:                   ¿Qué poco (¡ay de mí!) qué poco  
temieran mis altiveces  
esa gente que, ofendida  
o lisonjera, pretende,  
por gusto de Serafina,  
descubrirme y conocerme,  
si no fuera por mi padre.

FEDERICO:               Pues si no fuera por ese  
inconveniente, ¿qué había  
que temer inconvenientes?  
A no ser por él, tirana,  
¿no dijera yo quién eres,  
y acabaran de una vez  
tus locuras con saberse?

Herederero de mi padre  
quedé, Teodoro, en infancia  
tan tierna que no sentía,  
hasta otro tiempo, su falta.  
Mi madre, guardando noble  
la viudedad de romana  
antigua, como matrona  
de su lustre y de su fama,  
dejó a Milán y a Orbitelo  
y, reduciendo su casa  
a moderada familia,  
la trajo entre estas montañas  
donde Miraflor del Po  
es tan abreviado alcázar  
que apenas sus poblaciones  
de cuatro villanos pasan.  
Cubrió de funestos lutos  
su vivienda, con tan rara  
austeridad que aun al campo  
apenas dejó ventana.  
En esta soledad y este  
retiro fue mi crianza  
del delito del nacer  
una prisión voluntaria.  
En ella (que, aunque lo sepas,  
no importa el decirlo nada,  
puesto que un triste, aunque diga  
lo que se sabe, descansa)  
con tan grande, con tan ciega

terneza me mira y ama  
que el aire, que apenas pase  
junto a mí, la sobresalta.  
Si alguna tarde la pido  
licencia para ir a caza,  
aun los conejos presume  
que son fieras que me matan;  
y lo más que me concede  
es, cuando más se adelanta,  
chucherías de las aves,  
varetas, ligas y jaulas.  
Si a las orillas del río  
salgo a pescar con la caña,  
desvanecido en sus ondas  
temiendo queda que caiga.  
Verme arcabuz en las manos  
es llorar que se dispara  
o se revienta. Si ve  
que algún caballo me agrada,  
por manso que sea, presume  
que se desboca y me arrastra.  
Espada no me permite  
traer, siendo así que la espada  
a los hombres como yo  
se ha de ceñir con la faja.  
La familia que me asiste  
sólo es de dueñas y damas  
y sólo lo que de mí  
la gusta es tocar un arpa,  
a cuyo compás tal vez,

porque buscando esta gracia  
a otra, quizá dio conmigo,  
llora mi voz lo que canta.  
A ti solo, por no hallar  
mujer en el mundo sabia,  
que si la hubiera en el mundo,  
sin duda es que la buscara,  
me dio por maestro, de quien  
he aprendido lo que llaman  
buenas letras; de manera  
que hijo de viuda es tanta  
la atención con que me cría,  
el temor con que me guarda,  
que presumo que la misma  
naturaleza se agravia,  
quejosa de que el cabello  
crecido y trenzado traiga,  
y por eso no ha querido  
brotar, Teodoro, en mi cara  
aquella primera seña  
que a la juventud esmalta.  
Dejemos en este estado  
la desdicha de que haya  
crecido un hombre a no más  
que a crecer, sin que le haga  
pasaje la edad a que  
a ver sus iguales salga;  
y vamos a otro suceso,  
cuya novedad extraña,  
criándola como me crían,

nunca ha salido del alma.  
Serafina, que hoy de Ursino  
es princesa propietaria,  
vencido el pleito, de que  
tú fuiste parte contraria,  
pues de Federico amigo,  
ayudaste sus instancias,  
cuya ojeriza te tiene  
sin tu familia y tu casa,  
y confiscada tu hacienda,  
desterrado de tu patria,  
a besar la mano al César,  
que en esta ocasión se hallaba  
en Milán, porque viniendo,  
llamado de la arrogancia  
del esgüízar rebelde,  
dar quiso una vuelta a Italia,  
pasó a vista de Belflor,  
adonde mi madre trata,  
por deudo o por amistad,  
aquella noche hospedarla.  
Vila, Teodoro, y vi en ella  
la beldad más soberana  
que pudo en su fantasía,  
lámina haciendo del aura,  
del pensamiento colores,  
jamás dibujar la varia  
imaginación de quien  
piensa en lo que a ver no alcanza;  
sí ya no es que, como era

mi pecho una lisa tabla  
en quien amor no había escrito  
ningún mote de sus ansias,  
sin ser menester borrar  
líneas de primera estampa,  
pudo escribir fácilmente,  
y escribió: "Muera quien ama."  
Apenas besé su mano  
cuando mi madre me manda  
retirar, por dar lugar  
a que descanse en la cama.  
Tan breve fue la visita  
que pienso que, si tornara  
a verme, no era posible  
que me conociese. ¡Oh cuánta  
debe, Teodoro, de ser  
la no medida distancia  
que hay desde el ver al mirar!  
Dígalo el que viendo pasa  
o el que mirando se queda;  
pues siendo una cosa entrambas,  
uno esculpe en bronce duro  
y otro imprime en cera blanda.  
Tan triste salí y tan ciego  
de haberla visto y dejarla  
que, curiosamente osado,  
dando la vuelta a una cuadra  
que a su hospedaje salía,  
a la breve luz escasa  
de la llave de la puerta

falseó mi vista las guardas.  
De sus prendidos adornos  
fue despojando bizarra  
el cabello y, viendo yo  
que a cada flor que quitaba  
iba quedando más bella,  
dije: "Sin duda es avara  
la hermosura allá en el mundo,  
pues sobre perfección tanta,  
pidiendo ayuda al aliño,  
pide lo que no le falta."  
Apenas él se vio libre  
de trenzas y de lazadas,  
cuando empezó a desmandarse  
por el cuello y por la espalda.  
Perdone esta vez Ofir,  
peinado monte de Arabia,  
porque esta vez no han de hilarse  
sus hebras en sus entrañas.  
De negro azabache era  
ondeado golfo, y con tanta  
oposición por la nieve  
o se encoge o se dilata  
que, cuando la blanca mano  
en crencha al lado le aparta,  
jugando siempre el dibujo  
de la frente a la garganta,  
de ébano y marfil hacía  
taracea negra y blanca.  
A fácil prisión reduce

una cinta la arrogancia  
de aquel desmandado vulgo,  
tras cuya acción se levanta  
con tal gala que no era  
para quedarse sin gala.

Lo que dijera no sé  
de una pollera que a gayas,  
siendo primeravera de oro,  
brotaba flores de plata.

No sé (¡ay Dios!) lo que dijera  
de un guardapié que guardaba  
no sé qué cendal azul,  
no sé qué rasgo de nácar,  
de cuyos jazmines era  
botón un átomo de ámbar,  
si no fueras tú (¡ay de mí!)  
Teodoro, el que me escucharas.

Que canas y dignidad  
de maestro me acobardan,  
y no suenan bien verdores,  
donde hay dignidad y canas.

Y así diré solamente  
que, apenas se vio acostada,  
cuando sirviendo la cena  
de mi madre las criadas,  
dejándome con la noche,  
ella se fue con el alba.

Cómo quedé no te digo;  
tú que lo imagines basta;  
pues eres testigo fiel

de mis repetidas ansias.  
Muriérame de tristeza  
si en un acaso no hallara,  
para engañar al dolor,  
tan pequeña circunstancia  
como fue que, hablando della  
mi madre, dijo una dama:  
"No era mala la princesa  
para hija." A que recatada  
respondió con falsa risa:  
"¡Quién con la piedra encontrara  
filosofal del amor!  
¡Que a fe que no fuera falsa!"  
¡Qué bien contento es un triste!  
Pues, cuando de darle tratan  
algún alivio a su pena,  
cualquiera cosa le basta.  
Dígoles porque sobró,  
dicha sola una palabra,  
para que yo no muriese,  
a cuenta desta esperanza.  
Pero aun este breve alivio  
ya de entre manos me falta,  
pues ya sé (la culpa tuvo  
leer tú en público la carta)  
que a Serafina pretenden  
cuantos príncipes Italia  
tiene, a cuyo efecto es toda  
su corte saraos y danzas,  
máscaras, justas, torneos,

en que todos se señalan,  
porque, celoso de todos,  
muera en mi desconfianza.  
Mil veces me hubiera huido  
de esta prisión que me guarda,  
si presumiera de mí  
que yo pudiera agradarla.  
Mas ¿dónde he de ir si, criado  
entre meninas y damas,  
sé de tocados y flores  
más que de caballos y armas?  
¡Mal haya, no el amor digo  
de mi madre, mas mal haya,  
dejando en salvo su amor,  
de su amor la circunstancia!  
Pues ella, para que tema  
verme en público, me ata  
las manos. Ésta es mi pena,  
éste mi dolor, mi ansia,  
mi tristeza, mi desdicha,  
mi mal, mi muerte y mi rabia.

TEODORO: De todo cuanto me has dicho  
no he de responderte a nada,  
sino a aquel punto no más  
que tocaste, en que yo, a causa  
de amigo de Federico,  
ausente estoy de mi patria.

CÉSAR: Pues ¿qué me importa a mí  
eso?

TEODORO: El todo de tu esperanza.

CÉSAR:     ¿Cómo?

TEODORO:        Como interesado

soy en que tú a Ursino vayas;  
pues si por dicha lograses  
tú el fin de dicha tan alta,  
templará tu casamiento  
de Serafina la saña,  
y yo volveré a vivir  
con mi familia y mi casa.

CÉSAR:     Supongo que tú me ayudes  
a que desta prisión salga;  
¿qué he de hacer yo en el concurso  
de tantos como la aman,  
si apenas los nombres sé  
de lo que es tela o es valla?  
Y si la verdad confieso,  
sólo el pensarlo me espanta;  
que no en vano a la costumbre  
todos en el mundo llaman  
segunda naturaleza.

TEODORO:     Mira, amor vuela con alas  
ocultamente; y así  
nadie ve por dónde anda.  
Esto es decirnos que siempre,  
con sus elecciones varias,  
tal vez le agrada lo fiero,  
tal vez lo hermoso le agrada,  
tal le complace lo altivo,  
y tal lo altivo le cansa.  
Siendo así, no desconfíes,

que tu hermosura y tu gracia  
y más, si es que alguna vez  
donde ella lo escuche cantas,  
podrá ser que la enamores  
más por las delicias blandas  
que esotros por los estruendos.  
Angélica lo declara;  
hermoso quiso a Medoro  
más que a Orlando altivo. Trata  
de enamorarla tú el gusto,  
podrá ser que, si es que alcanza  
más lo bello en los festines  
que lo fiero en las campañas,  
lo que una Angélica hizo  
una Serafina haga.  
Vente conmigo, que yo  
te pondré en Ursino casa.  
Tu madre, viéndote allá,  
es preciso que te valga  
de todos los lucimientos.  
Y pues que la edad te salva  
de torneos y de justas,  
apela para las galas,  
el ingenio y la belleza;  
y cuando no logres nada  
¿en qué peor estado entonces  
te hallarás que el que hoy te hallas?

CÉSAR: Dices bien, y las acciones  
que tocan en temerarias  
no se han de pensar; y así

¿cuándo quieres que me vaya?

TEODORO: Esta noche; y pues yo tengo

llave que a tu cuarto pasa,  
abierto estará; teniendo  
puesta en la sirga una barca  
que el Po abajo nos conduzca  
a la quinta en que hoy se halla  
Serafina, en tanto que  
la ruina del cuarto labran.

CÉSAR: Sola una dificultad  
resta ahora, para que salga.

TEODORO: ¿Qué es?

CÉSAR: Que es preciso que pase  
por delante de la cama  
de mi madre; y si me ve  
salir, es fuerza la haga  
novedad.

TEODORO: ¿No habrá un disfraz  
con que, a aquella luz escasa  
que la queda, no conozca  
que tú seas el que pasa?

CÉSAR: Sí; y el disfraz ha de ser...

TEODORO: ¿Qué?

CÉSAR: Que a la dama de guarda  
que duerme allí, quitaré...

*Dentro*

VOZ: ¡César!

CÉSAR: Mi madre me llama.

TEODORO: Responde, porque no entienda  
de nuestro secreto nada.

CÉSAR: Pues adiós.

TEODORO: ¿En qué quedamos?

CÉSAR: En que saldré, aunque me haga  
injuria el disfraz que pienso.

TEODORO: Antes viene bien la traza,  
para que no te conozcan,  
aunque en tus alcances vayan.

CÉSAR: Pues espérame; y adiós.

TEODORO: En vela mi amor te aguarda.

CÉSAR: ¡Oh quiera el cielo que logre  
mi amor por ti esta esperanza!

TEODORO: ¡Oh quiera el cielo que vuelva  
por ti yo a gozar mi patria!

***Vanse. Salen SERAFINA, LAURA y CLORI***

LAURA: Ya que tus melancolías  
te traen al campo, señora,  
no llores con el aurora,  
pues hay alba con quien rías.

SERAFINA: Mal de las tristezas más  
el pesar podrá aliviar  
risa o llanto.

CLORI: Eso es mostrar  
que no hay ni puede haber  
a quien dé vida el placer,  
si a ti te mata el pesar.

SERAFINA: ¿Por qué?

CLORI: Porque, si tu estrella,  
señora, a verte ha llegado  
tan ilustre por tu estado,  
por tu perfección tan bella,

y tú formas queja della,  
¿quién con la suya estará  
contenta?

SERAFINA:            Más que me da

mi estrella, Clori, me quita  
quien hacerme solicita  
certamen de amor; y ya  
    que apuras mi sentimiento,  
¿qué importa que celebrada  
viva en mi estado, adorada  
de uno y otro pensamiento,  
si al interés sólo atento  
vino a servirme el más fino,  
siendo el estado de Ursino  
la dama que adora fiel,  
pues cuando estaba sin él  
ninguno a mis ojos vino?

    ¿Por qué ha de pensar, me di,  
el que hoy miras más postrado  
que valgo yo por mi estado  
lo que no valgo por mí?  
¿Quieres ver si esto es así?  
El día que se abrasó  
mi palacio, ¿cuál llegó  
desos amantes a darme  
vida? ¿Cuál, para librarme,  
a las llamas se arrojó?

    ¡Bueno es que, estando servida  
de tantos príncipes, fuese  
un hombre vil quien me diese

a vista de todos vida!  
Y ser vil, es conocida  
cosa, pues se contentó  
con la joya que llevó,  
como si yo no le hubiera  
de pagar de otra manera  
el socorro.

LAURA:                   En eso no  
                              puedes tu queja fundar;  
que a tus umbrales primero  
                              estaría.

SERAFINA:               Ahora quiero  
a nueva queja pasar.  
¿Por qué otro había de estar  
a mis umbrales? Mal sales  
con la razón que los vales;  
que eso antes es ofendellos;  
porque yo pensaba que ellos  
dormían a mis umbrales.

                              Con que de todos quejosa  
y de ninguno agradada,  
me huelgo ver dilatada  
aquella lid amorosa,  
por si en tanto que reposa  
en quietud el ardimiento,  
tregua hace mi sentimiento  
al ver que en su competencia  
ha de hacer la conveniencia,  
y no el gusto, el casamiento.

*Sale CARLOS*

SERAFINA: (Pues por ahora este engaño  
de esotra duda me absuelve,  
dél me valdré.)

***A CÉSAR***

(Disimula  
y finge que César eres,  
que importa mucho.)

CÉSAR: (Sí haré,  
supuesto que tú lo quieres.)

***A ENRIQUE***

La alma y los brazos, señor,  
son vuestros; que, aunque ofenderme  
pude al principio de ver  
que haya quien seguirme intente,  
a cuya causa no quise  
hasta ahora que me vieses,  
entrado en mejor acuerdo,  
quiero saber qué le ofende  
a mi madre que yo tenga  
tan honradas altiveces  
como atreverme a adorar  
a quien tanto lo merece.

LAURA: (¿Quién mete a Celia en esto,  
y a mi ama, que lo consiente?)

FEDERICO: (No vi mejor disimulo,  
ni engaño más aparente.)

***A CÉSAR***

SERAFINA: (Prosigue. Dile más deso;  
que lo finges lindamente.)

CÉSAR: Cuando pensé que, obligados  
ella y mis deudos de verme

en tan generoso asunto  
empeñado, me acudiesen  
de asistencias que mi sangre  
y mi valor desempeñen,  
¿es bien que me busque como  
huido?

ENRIQUE: Sin causa te ofendes;  
que hasta saber de ti...

CÉSAR: Basta;  
y si eso sólo pretenden,  
ya saben de mí; y así  
podrás, Enrique, volverte  
donde el amor de mi prima  
Lisarda es bien que te lleve;  
que yo quedo más dichoso,  
más feliz y más alegre  
que merezco, pues que quedo  
a vista de quien me puede,  
no coronar de favores,  
pero matar de desdenes.

SERAFINA: (¡Qué bien lo finges!)

FEDERICO: (No vi  
ingenio más excelente!)

LAURA: (Yo estoy loca o lo están todos.  
Cielos, ¿qué embeleco es éste?)

ENRIQUE: Aunque de vuestro consejo,  
César, debiera valerme,  
ya que os hallé, no es razón  
que yo vuestro lado deje.  
(Esto es dar color a no

irme antes que me vengue.)

Y así pensad que tenéis,  
para en cuanto se ofreciere,  
mi valor que os acompañe  
y mi edad que os aconseje.

CÉSAR: Eso es volverme a dar ayo,  
y quizá será ponerme  
también en obligación  
que segunda vez me ausente.

FEDERICO: (¡Qué bien a todo le sale!)

SERAFINA: (Yo es bien su partido esfuerce,  
porque en su ausencia mejore  
su engaño y su honor enmiende.)  
Dice el príncipe muy bien.  
¿Qué importa que sin vos quede?  
Y así, Enrique, podéis iros.

ENRIQUE: Perdonadme que os acuerde  
que me aconsejasteis antes...

SERAFINA: ¿Qué?

ENRIQUE: Que sin él no me fuese.

SERAFINA: Perdonadme vos también  
acordaros que dijeseis  
que saber dél os bastaba.

ENRIQUE: Un adagio decir suele:  
"consejo el prudente muda."

SERAFINA: Pues también yo soy prudente,  
y puedo mudar consejo.

CÉSAR: ¿Esto en fin no se resuelve  
con no querer ir?

***[LIDORO y PATACÓN] dentro***

LIDORO: Entrad.  
SERAFINA: Id a ver qué ruido es éste.  
PATACÓN: No es nada, a mí que me arrastran.  
FEDERICO: Yo iré.  
ENRIQUE: Yo también.  
SERAFINA: Detente,  
Federico. Enrique irá.  
ENRIQUE: (¡Valedme, cielos, valedme!)

***A FEDERICO***

(¡Y la dama?)  
FEDERICO: (Ya está en salvo.)  
ENRIQUE: Está bien. (¡Valor, detente  
hasta mejor ocasión!)

***Vase ENRIQUE***

SERAFINA: En tanto que Enrique viene,  
Celia, los brazos me da;  
que, si estudiado tuvieses  
el papel que has hecho, no  
le hicieras mejor.

CÉSAR: No tienes  
que agradecerme, señora,  
el que en tu gusto algo acierte.  
Y en cuanto al papel, descuida,  
que siempre que se ofreciere  
procuraré salir dél.

FEDERICO: Yo es bien que tus plantas bese  
por la parte que me toca,  
en que mi desdicha enmiende.

LAURA: Por un solo Dios, señora,  
que sepa yo qué te mueve,

cuando a César dejo, y cuando  
vuelvo con Enrique a verte,  
a que haga su papel Celia?

CÉSAR: Duda es ésta que me tiene  
en la misma confusión;  
pues aunque yo sepa hacerle,  
no la causa.

SERAFINA: Pues sabréis  
(fuerza es decíroslo en breve)  
que este príncipe don César,  
que a Enrique huye el rostro siempre,  
es Lisarda, hija de Enrique.

CÉSAR: ¿Lisarda? Pues ¿qué la mueve?

SERAFINA: Los celos de Federico,  
tras quien disfrazada viene.

CÉSAR: ¿Qué es lo que oigo?

FEDERICO: Por lo menos,  
cuando oír eso me avergüen[ce],  
me confío en que ya sabes  
a quién la vida le debes,  
pues sabes cómo la joya  
ir a su mano pudiese.

CÉSAR: ¿Lisarda, hija de Enrique?

SERAFINA: Sí.

CÉSAR: ¿Cómo, traidor, te atreves  
a decírmelo a mí, siendo  
tan mío el honor que ofendes?  
¡Vive Dios...!

*Empuña la espada*

SERAFINA: Detente, Celia.

CÉSAR: Es en vano detenerme.

No soy Celia, César soy,  
ya que tú que lo sea quieras.

SERAFINA: Mira, Celia, que no hay  
ninguno ahora presente  
con quien sea menester  
que el pasado enojo esfuerces.

CÉSAR: Una vez en este traje,  
perdóname que no puede  
volverse atrás el valor.

LAURA: (Ella lo que finge cree.)

FEDERICO: (Tal género de locura  
ha sucedido mil veces.)

CÉSAR: No embaracéis que una vida  
quite a un traidor, a un aleve.

LAURA: Mira, Celia, que es locura  
creer que lo que finges eres.

FEDERICO: Dejadla; que ya enseñado  
estoy que damas me afrenten  
y a hacer dello gala.

CÉSAR: No  
con eso librate pienses  
de mí, cobarde.

FEDERICO: No tengo  
más medios de que valerme,  
Celia, contra ti; pues si  
las manos blancas no ofenden,  
tampoco los labios rojos.  
Que si pensase o creyese  
que no finges todavía,

claro es...Pero Enrique vuelve.

Vuestra Alteza no se enoje  
con quien a buscarla viene,  
traído de su amor.

CÉSAR:                   Locuras  
de amor son las que ofenden.  
No entienda su agravio Enrique,  
hasta que yo dél le vengue.

***Sale ENRIQUE***

ENRIQUE:    El ruido, señora, es  
que Lidoro, con la gente  
que a Federico siguió,  
como si aquí no estuviese,  
trae dos presos; uno es  
un criado, por haberle  
en ese parque encontrado;  
otro, según me parece,  
que es Teodoro, ayo de César,  
que, llegando a conocerle  
sin máscara, le han prendido,  
por juzgarle delincuente,  
en este estado, y con ellos  
todos a tus plantas vienen.

***Salen LIDORO, TEODORO, PATACÓN y NISE. [A PATACÓN]***

NISE:        Aunque aventure que aquí  
alguien pueda conocerme,  
a trueco de verte ahorcar,  
te he de seguir.

PATACÓN:                Antes ciegues,  
que tal veas.

***A SERAFINA***

A tus plantas  
humilde, señora, tienes  
al criado de aquel loco,  
de aquel menguado imprudente  
de mi amo. Mas ¿qué culpa  
tengo yo de que él se ausente  
con la disfrazada dama  
del bofetón?

SERAFINA:               ¿Cómo mientes,  
si, estando aquí Federico,  
aseguras que se fuese?

PATACÓN:       ¿Quién diablos te trajo aquí?

LIDORO:       ¿Qué haremos dél?

SERAFINA:               Que lo dejes;  
que no es mucho ser traidor  
quien de su dueño lo aprende.

PATACÓN:       ¡Plegue a Dios que, sin llegar  
a vieja, tanta edad cuentes,  
que sea en tu comparación  
un niño movido el fénix!

NISE:       (Mi gozo cayó en el pozo.)

PATACÓN:       (¡Mas que tú con él cayeses!)

TEODORO:       Ya, señora, a vuestras plantas  
humilde llego a ofrecerme.

### ***A FEDERICO***

SERAFINA:       (¿Qué haremos? Que si ve a Celia,  
atrás nuestro engaño vuelve.)

FEDERICO:       (No sé; mas ponte delante,  
por si encubrirla pudieses.  
Pero ¿qué es este alboroto?

***Sale CARLOS***

CARLOS: Señora, en tu cuarto a este...

SERAFINA: Después lo sabré. --Pues ¿cómo  
Teodoro aquí a entrar se atreve?

CARLOS: (¿Qué hace Celia en este traje  
delante de tanta gente?)

TEODORO: Como un infeliz, señora...

CÉSAR: (¡Quiera amor alcance a verme,  
para que diga quién soy!)

TEODORO: ...tanto su vida aborrece  
que, a despecho de su vida,  
viene buscando su muerte;  
fuera de que mayor causa  
hay que aquí a venir me fuerce,  
por sacarte de un engaño  
que contra tu fama puede  
resultar.

SERAFINA: ¿Engaño?

TEODORO: Sí.

SERAFINA: ¿Qué es?

TEODORO: Que un traidor, un aleve,  
con el nombre de don César,  
engañar tu amor pretende.  
Yo le saqué de su casa  
(no es tiempo de contar éste  
que en traje de mujer) hasta  
que le dejé en la corriente  
ahogado del Po; y sabiendo  
que con su nombre te ofende,  
vengo a avisarte, porque

de mi lealtad no te quejes.

El que te ha dicho que es César  
no lo es.

ENRIQUE:               La voz suspende;  
que ese agravio a mí me toca,  
y así es bien que yo lo vengue. --

**A CÉSAR**

Pues ¿cómo, atrevido joven,  
loco y temerariamente  
el nombre de mi sobrino  
tomas y el respeto ofendes  
de Serafina?

FEDERICO:             A una dama  
no ofendas, Enrique, tente;  
que el que dijo que era César  
días ha que no parece,  
y aquesta es Celia, una dama,  
en quien los disfraces deben  
de durar de la comedia.

SERAFINA:    ¿Quién vio confusión más fuerte?

ENRIQUE:    Ése es otro nuevo engaño:  
creer yo que sea dama ese  
joven, cuando Serafina  
que es César dicho me tiene.

TEODORO:    Si Serafina lo ha dicho,  
ha dicho bien; que no pueden  
las deidades engañarse.

**A CÉSAR**

Dame los brazos mil veces,

príncipe mío, en albricias  
de que con vida te encuentre.

SERAFINA: (¡Qué cortesano Teodoro,  
advertido de que es éste  
engaño mío, procura  
alentarle, con hacerle  
César a Celia!)

### **A CÉSAR**

(Tú, finge  
todavía que lo eres.)

CÉSAR: ¿Qué he de fingir, si es verdad?

LAURA: A su locura se vuelve.

NISE: (¿En qué ha de parar aquesto?)

PATACÓN: (¡El diablo que lo concierte!)

ENRIQUE: Yo he de castigar, señora,  
este engaño.

SERAFINA: Enrique, tente.

CARLOS: Mira, Enrique, que ésta es Celia,  
una dama.

ENRIQUE: Pues tú, aleve,  
¿también me engañas?

PATACÓN: Señores,  
¿habrá enredo como éste?

CÉSAR: Tú eres el que te engañas;  
que si alguno a eso se atreve,  
sólo es Carlos.

CARLOS: ¿Yo, por qué?

CÉSAR: Porque, siendo tú quien dese  
golfo en el traje que iba

me sacaste, ahora no crees  
que me encubrió su disfraz,  
habiendo tan claramente  
dícholo todo Teodoro.

CARLOS: Más con aqueso me ofendes;  
pues, siendo César, traición  
más grave es que te atrevieses  
a asistir a Serafina  
tan de cerca que pudiesen  
familiarmente tus ojos  
tal vez...

FEDERICO: No lo digas, tente;  
que se ajan los decoros  
aun sólo con que se piensen.

CARLOS Y FED.: ¡Muera un traidor!

TEODORO: Eso no.

ENRIQUE: Pues ya debo defenderte  
como a César.

TEODORO: Y yo y todo.

SERAFINA: Esperad todos; que ese  
duelo, ya que persuadida  
saber tu disfraz me tiene  
de quién es, yo he de acabarle.

TODOS: ¿De qué suerte?

SERAFINA: Desta suerte.

### ***A CÉSAR***

Príncipe, esta blanca mano  
tocaste tal vez; aleve  
ofensa fue que me hizo

un disfraz, y es conveniente  
que sepan que aun de su dueño  
las blancas manos ofenden;  
y así, pues vos la agraviasteis,  
el irse con vos lo enmiende.

CÉSAR: Federico, yo...

***A SERAFINA***

FEDERICO: ¿Así pagas  
una vida que me debes?

SERAFINA: De vos este desagravio  
aprendí; y pues que ya tiene  
ejemplar vuestro honor, dél  
usad; y porque no quede  
en opinión que se supo  
el agravio sin saberse  
el dueño dél, quiero yo,  
salvándole para siempre,  
pagar aquella fineza.

FEDERICO: ¿De qué suerte?

SERAFINA: Desta suerte.

***Sale LISARDA***

Dad a Lisarda la mano.

ENRIQUE: Al mirarte, oh hija aleve,  
la cólera no me sufre  
dejar de darte la muerte.

FEDERICO: Si antes por salvar su vida  
me empeñé, fuerza es que lleve  
delante el empeño.

ENRIQUE: Nadie  
defender mi hija puede

de mí que no sea su esposo.

FEDERICO: Yo lo soy.

LISARDA: ¡Felice suerte

es la mía, pues que logro

tal dicha!

PATACÓN: Con que corriente

queda el refrán que "las blancas

manos no agravian, mas duelen."

TEODORO: Pues lograste tu ventura,

logre el perdón.

SERAFINA: Ya le tienes.

PATACÓN: ¿Qué haremos, Nise, nosotros?

NISE: Casarnos adredemente,

porque sepan que podemos

cualquiera de los oyentes.

PATACÓN: No se meterán en eso;

que ahora hartos que hacer tienen

en perdonarnos las faltas,

y las del que más pretende

serviros siempre, pues yerra

a cuenta de que obedece.

**FIN DE LA TERCERA JORNADA**

**FIN DE LA COMEDIA**